

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

1873 — TOMO XLI.

Administracion general y Redaccion : Passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 32. — N° 1,061.

SUMARIO.

El baron Justo de Liebig; grabado. — **Velazquez**. — **Venta á beneficio de los huérfanos de la guerra**; grabado. — **La Semana Santa en Roma**; grabado. — **Revista de Paris**. — **Poesia**. — **La mujer pérfida**. — **Bellas Artes**; grabados. — **Las fiestas de Saint-Calais**; grabado. — **Hace cien años**. — **Recuerdos de Suiza**; grabados. — **Cartas inéditas de don Ventura de la Vega**. — **Problemas de ajedrez**; grabado. — **M. Ortolan**; grabado. — **Usos y costumbres**; grabado.

cion de Humboldt, siendo bien acogido por todas las personas mas notables.

Dos años despues presentó á la Academia de ciencias un bonito trabajo sobre el análisis del ácido fulmínico extraido del fulminato de mercurio, hecho, segun indican algunos de sus biógrafos, en colaboracion con Gay-Lussac:

Entonces Liebig demostró que el mercurio gozaba de una participacion mixta en las propiedades de ese terrible explosivo; y cuando Cuvier, como secretario perpetuo de la Academia de ciencias dió cuenta de los

trabajos de la misma corporacion durante el año 1823, hizo los mayores elogios de Liebig.

La fortuna científica del jóven doctor podia ya considerarse como asegurada.

En 1824 el gobierno del ducado de Hesse estableció en la universidad de Giessen una cátedra y una escuela de química práctica, que Liebig consiguió elevar al primer rango entre los establecimientos científicos de Europa, y en cuyo cargo continuó hasta 1852, que se trasladó á Munich, llamado por el gobierno bávaro.

La enseñanza á que se dedicó Liebig no fué solamente científica, pues á la vez cultivaba con passion la literatura y la filosofia con aplicacion á la ciencia, y en este concepto debia considerarse como perteneciendo á la escuela que Buffon y Bernardino de Saint-Pierre crearon y que Schelling ha imitado.

No creemos inoportuno observar que en todas sus investigaciones abstractas siempre las presentaba de una manera precisa y clara, aun sus mismos errores; y que al crear Liebig su laboratorio-escuela en Giessen, solo tuvo por objeto popularizar en aquel país la química francesa.

En recompensa de los servicios prestados por Liebig, el gran duque de Hesse le nombró baron; pero la Academia de ciencias de Paris le nombró su corresponsal, y despues como socio en el extranjero, en reemplazo de monsieur Tredman, de Cassel, que falleció en 1861.

Además, este célebre químico no solo contribuyó al desarrollo de lo que se podia llamar la filosofia química, sino que fué uno de los inventores de la química orgánica, y merced á su gran talento consiguió explicar por medio de reacciones químicas muchos fenómenos de la vida, tanto en su estado normal como en el patológico.

La ciencia francesa tiene que lamentar hoy la pérdida de uno de los hombres mas eminentes. M. Gerhard ha traducido las dos obras importantes

El baron

JUSTO DE LIEBIG.

Liebig ha fallecido en Munich, en donde se hallaba al frente de aquella Academia; no habia cumplido aun setenta años.

Este célebre químico nació en Darmstadt, capital del ducado de Hesse, en donde su padre tenia una tienda de colores y fabricaba algunas veces productos químicos.

A esta circunstancia se debe, sin duda, que Liebig adquiriera desde sus primeros años esa afición á la química. Así que en 1818 ya entró de aprendiz en una botica de Oppenheim; pero á poco tiempo volvió á Darmstadt para perfeccionarse en el francés, que era entonces el idioma que se habia hecho indispensable entre los químicos alemanes.

Desde aquí se trasladó sucesivamente á Bonn y á Erlangen, en donde entró en relaciones con el poeta el conde de Platen, cuya circunstancia le valió el honor de ser enviado á Paris por cuenta del gobierno del ducado de Hesse.

En esta época Roze, Runge y Mitsdorlich se encontraban en aquella capital, y seguian con avidez las lecciones de Gay-Lussac, Thénard, Dulong, etc. Entonces el jóven doctor se presentó en Paris con una carta de recomenda-



EL BARON JUSTO DE LIEBIG.

de Liebig: *la Química orgánica aplicada á la fisiología animal y á la patología*, y el *Tratado de química orgánica*.

W. DE F.

Velazquez.

(Conclusion. — Véase el número 1,060).

Se cuenta que cuando Felipe vió este admirable cuadro y Velazquez le dijo que estaba acabado, indicó que le faltaba algo, y tomando el pincel, pintó con su mano la roja cruz de Santiago sobre el pecho del pintor. Es lástima que las fechas pongan en duda la verdad de un hecho que así redundaría en honra de Felipe como de Velazquez. Sir Charles Eastlake declaró que el lienzo de *las Meninas* era el triunfo del claro oscuro, y que merecía este cuadro que se hiciera el viaje á Madrid.

Las Hilanderas es un cuadro menos oscuro y sombrío de color que *las Meninas*. Velazquez introduce los azules y los rojos con mas franqueza en los paños de las principales figuras; pero con tonos tranquilos y rebajados, que producen una armonía general, y le dan la apariencia de atmósfera. Lo mismo que en *las Meninas*, una luz fuerte que entra por una puerta ó ventana abierta se concentra en una habitación interior que hay en el fondo, lo cual produce el mayor efecto; porque el primer término está diestramente envuelto en sombra. La composición es natural y sencilla. El cuadro representa el interior de la real fábrica de tapices de Santa Isabel de Madrid: en el primer término se ve un grupo de mujeres pobremente vestidas, que hilan y preparan el estambre para el tejido. En la habitación interior varios empleados enseñan á una señora un tapiz, la cual se ve de pie y de espaldas al espectador. Tales son los incidentes vulgares que el pintor ha elegido.

Para comprender de lleno el extraordinario mérito de este cuadro, se necesita mirarlo primeramente desde el lado opuesto de la habitación en que se encuentra. La ilusión es completa. Se ha reproducido á la misma naturaleza, y no sabemos cómo expresar nuestra admiración al ver la absoluta verdad de aquella escena, la exquisita armonía del color, ó la verdadera apariencia de luz y de aire que el pintor ha sabido reproducir. La sorpresa aumenta al aproximarse y descubrir los medios tan sencillos que producen estos resultados. El color está puesto con la mayor franqueza y seguridad, sin que se noten rastros de precipitación ó de descuido. Cada cosa está en su sitio; cada toque tiene su valor propio, y contribuye al efecto general. Al ver el cuadro se comprende la crítica de Menga cuando decía que era mas bien la obra del pensamiento que la de la mano.

Hay varios retratos en el Museo de Madrid que corresponden á esta tercera manera de Velazquez: entre ellos merecen especial mención el de la infanta María Teresa, que mas tarde fué mujer de Luis XIV; el de un escultor equivocadamente llamado Alonso Cano, y el de un enano favorito de Felipe IV que se llamaba don Antonio el inglés.

En el retrato de cuerpo entero de la infanta, la cabeza es del segundo estilo de Velazquez, mientras que el resto del cuadro se terminó despues de su segundo viaje á Italia. Está pintado con mas delicadeza y con colorido mas caliente que de costumbre. Es otro ejemplo de su valentía para producir los mas sorprendentes efectos, valiéndose de los medios mas sencillos.

La princesa, de edad de diez años, está vestida con el enorme guarda infante, que entonces se llevaba en la corte, hecho de seda de color de rosa, ricamente recamado con encaje de plata. Su cabello está ahuecado en grandes masas á los dos lados de su cabeza con arreglo á la moda extravagante del tiempo, y adornado con una pluma roja. Sus pequeñas y delicadas manos, la una con un ramo de flores, y la otra con un pañuelo blanco, están preciosamente pintadas, como lo están los paños y el brillo de los bordados de plata. Es imposible imaginar un retrato mas encantador á pesar de todas las desventajas de un traje fastuoso y exagerado, y de un peinado detestable. El cuadro sin concluir que representa un escultor, es un ejemplo de la manera mas franca y segura de Velazquez, así como es notable del mismo modo por su verdad. Inmediato á él se encuentra el retrato de cuerpo entero, perteneciente á su segundo estilo, conocido comunmente por *el Comediante*, pero que se cree era de un *hombre de placer* ó bufon de Felipe IV, conocido por Pablillos de Valladolid. Está representado con las piernas abiertas y un brazo extendido sobre un fondo totalmente gris, sin mas sombra que la necesaria para darle la apariencia de una postura firme y tranquila. Estos tres cuadros están colocados á uno y otro lado de *los Borrachos*, y no es posible otra enseñanza mejor para el artista que señalar con su estudio y comparación, los cambios graduales y los adelantos que habia hecho Velazquez durante su carrera de pintor.

Don Antonio el inglés, con un traje bordado de oro, y colocado de pie junto á un perro casi tan alto como él, sobre el que apoya su mano, es un pequeño ser de

carácter violento y atravesado, verdadero tipo de su raza, y es además otra de las producciones maestras que prueban el poder de Velazquez para delinear caracteres, y para producir efectos de detalle con simples toques, como sucede con las plumas y sombrero que don Antonio lleva en la mano.

Las dos figuras de cuerpo entero de *Esopo* y *Menipo*, igualmente en el Museo de Madrid, muestran clara la tendencia de Velazquez á sacar partido de los tipos vulgares para asuntos que necesitan idealizarse, y no se puede negar que haya conseguido representar sus caracteres por medio de la expresión. Su *Esopo* ha sido descrito como un viejo descamisado, de esos que se encuentran todos los dias en la Mancha, pero tiene un semblante pensativo y casi sabio, digno del filósofo griego. *Menipo*, embozado en una asquerosa capa como la de los campesinos de Castilla, y mirando por encima del hombro, tiene la sonrisa cinica de un hombre de pueblo que ha conseguido engañar á su semejante, como hizo Menipo. Las cabezas de ambas figuras están modeladas de mano maestra.

No podemos hablar ya mas que de una obra de Velazquez, *San Antonio Abad*, visitando en el desierto á san Pablo, primer ermitaño, cuyo cuadro fué pintado en 1639, y es el último suyo. La expresión y la acción de los dos ermitaños que figuran estar conversando, son de la mayor naturalidad. El paisaje, con rocas y un prado á lo lejos, está bien concebido y es original en su género. Wilkie opina que posee «el sol que nos alumbra, el aire que respiramos y el alma y espíritu de la naturaleza.» Los escritores españoles atribuyen á Velazquez el mérito de haber sido el primer pintor que haya representado el paisaje de la manera debida; pero evidentemente iba detrás de Rubens, que le excedía en las altas cualidades de paisajista, porque daba un grande encanto y carácter poético á la naturaleza. El tono general del fondo de este cuadro es el azul ó gris plateado que caracteriza su segundo estilo. La composición es como siempre, sencilla y práctica. En este caso ha adoptado el sistema convencional de los primitivos pintores, introduciendo en el lienzo varios episodios de la misma historia (1).

El oficio de aposentador del rey no estaba exento de cuidados. Velazquez se encontraba tan ocupado en estas tareas que solo pintó muy pocos cuadros en los últimos años de su vida. Hubiera sido mejor para el arte que el rey le hubiese honrado menos. Los trabajos y sus disgustos apresuraron su muerte. Cuando Felipe hizo un viaje por las provincias del Norte para entregar su hija Doña María Teresa á Luis XIV, con quien estaba comprometida, le correspondió á Velazquez hacer los preparativos de la jornada. No debía ser pequeño su trabajo si, como cuentan los historiadores, la comitiva real ocupaba nada menos que seis leguas, y comprendía, no solo los innumerables oficiales de la corte, sino la multitud de grandes que acompañaban al rey. Los edificios levantados temporalmente en la isla de los Faisanes y en las riberas del Bidasoa, que se adornaron con fastuoso lujo, revisitiéndoles interiormente con las mas ricas colgaduras y tapices, y hasta las ceremonias que en ellos se celebraron, todo estuvo bajo la dirección y cargo del pintor. Velazquez se distinguió entre los nobles franceses y españoles por su dignidad y cortesía, así como por el lujo y magnificencia de su porte. «Llevaba, dice M. Stirling, sobre un traje lujosamente recamado de plata la acostumbrada gollilla castellana y una capa

(1) La siguiente lista de los cuadros de Velazquez que hay en el Museo de Madrid, clasificados por orden de fechas con la exactitud posible, acaso interese á los lectores.

NÚMERO	Primera manera.
1054	Adoracion de los Magos. Con la firma y fecha de 1619.
1085	Retrato de Góngora. 1622.
1058	Los Borrachos. ¿1622?
1073	Retrato de cuerpo entero de Don Carlos. ¿1626?
1103	Retrato de un hombre.
1086	Retrato de una mujer.
1087.1088	Retratos de sus dos hijas.
1070	Retrato de Felipe IV cuando jóven.
1071	Id. id. id.
1106.1107	Vista de los jardines de la villa Médici, pintado en Roma en 1630.
1072	Retrato de la infanta Doña Maria, hermana de Felipe IV y reina de Hungría. Probablemente pintado en Italia. 1630.
Segunda manera despues de su primer viaje á Italia.	
1059	Las fraguas de Vulcano. 1630.
1074	Retrato de Felipe IV vestido de caza. Pintado en 1631 y 1635.
1075	Retrato de Don Fernando de Austria vestido de caza. 1635.
1076	Retrato del infante Don Baltasar vestido de caza. 1635.
1068	Retrato del mismo á caballo. 1635.
1055	La Crucifixion de N. S. 1638.
1069	Retrato ecuestre de Olivares. Entre 1639 y 1642.
1109.1110	Vistas de los jardines de Aranjuez. ¿1642?
1083	Retrato del infante Don Baltasar de edad de catorce años. 1644.

corta con la cruz roja de Santiago bordada en ella; la venera de la orden, reluciente de brillantes, colgaba de su cuello en una cadena de oro, y la empuñadura de su espada era de plata, exquisitamente cincelada en Italia.»

Las molestias que se le originaron le produjeron un ataque de fiebre, del cual murió poco tiempo despues de su regreso á Madrid, el 31 de julio de 1660. Sus funerales se celebraron con todos los honores debidos á su gerarquía, como uno de los principales empleados de la corte y como caballero de Santiago, al mismo tiempo que como el mayor pintor que España habia producido. Dejó fama de hombre recto y honrado, de buen amigo y de modelo de la dignidad, cortesía y caballerosidad de los españoles de los antiguos tiempos. Murió su mujer pocos dias despues que él, y ambos restos fueron colocados en la misma tumba. La iglesia de San Juan que los contenia fué derribada por los franceses en 1811, y las cenizas del gran pintor arrojadas al viento.

Hemos procurado al describir la serie de las obras de Velazquez que están en el Museo de Madrid, único sitio en que pueden estudiarse y comprenderse, presentar á nuestros lectores una idea exacta de su genio y del lugar que se merece entre los pintores. Debe clasificarse, como hemos demostrado, entre los *naturalistas*; si bien es verdad que fué *naturalista* en el mejor sentido de la palabra. Fué la naturaleza su principal estudio, y acaso el único, y la representó con admirable verdad y destreza. Wilkie decía que era «Teniers en mayor escala,» aunque ningun pintor fué menos inclinado á introducir en sus cuadros esos mezquinos é innecesarios detalles pintados con minuciosidad microscópica, que hoy es moda considerar como distintivo de la escuela *naturalista*, y que no tienen mas objeto que confundir la imaginación y distraer el pensamiento del asunto principal.

El reprodujo en el lienzo lo que veía de una manera sencilla, franca y vigorosa, que presenta la exacta impresión de la escena ó de los objetos tales como eran en sí. Da á cada una de las partes su lugar propio y su importancia relativa, por medio de las gradaciones perfectas de tono y de color que constituyen la perspectiva aérea. Tenia tal acierto en este punto, que se decía que era capaz de *pintar el aire*. Conocía muy bien que un cuadro, para que produjese verdadero efecto, no debía contener todo aquello que el pintor tenia delante de su vista, sino lo que el espectador pudiera fácilmente abarcar y observar en un solo y mismo tiempo. Tenia condiciones, sin embargo, para representar asuntos que no habia presenciado, y lo hacia como un hombre distinguido y de conciencia, pero no como un poeta hubiera podido concebirlo. En estas cualidades consistía su genio. Fué igualmente grande como pintor de retratos y de asuntos históricos, de escenas domésticas, de paisajes, de animales y de naturaleza muerta.

En las obras que requerian el ejercicio de las mas altas facultades alcanzó menos éxito, como hemos visto. Fué inferior á los mejores maestros italianos porque le faltaban los mas altos dones de la poesía y de su arte, el poder de idealizar, ó las facultades sublimes de la imaginación. Las grandes composiciones religiosas y clásicas de Rafael y de Tiziano estaban fuera del alcance de su genio, lo mismo que las elevadas concepciones de Miguel Angel. Podia entenderse con seres vivos, pero no con Dios, con los ángeles ó con

1066.1067	Retratos ecuestres de Felipe IV y Isabel de Borbon su mujer. 1644.
1064.1065	Retratos ecuestres de Felipe III y su mujer Margarita de Austria. 1644.
1090	Retrato del conde de Benavente.
1060	La Rendicion de Breda. 1647.
1095.1096	Retratos de los Enanos. 1644. (Es probable que 1098.1099 el número 1099 sea pintado en su tercera manera.)
1092	Retrato de un comediante.
1104	Retrato de un hombre desconocido.

Tercera manera despues de su segundo viaje á Italia.

1056	Coronacion de la Virgen. 1632.
1102	El Dios Marte. 1652.
1063	Mercurio y Argos. 1652-53.
1093	Retrato de un bufon conocido por Barbaroja.
1077	Retrato de Felipe IV. 1654-55.
1062	Las Meninas. 1656.
1061	Las Hilanderas. 1656.
1084	Retrato de la infanta María Teresa. (Probablemente empezado en 1646 y concluido diez años despues.)
1091	Retrato llamado de Alonso Cano.
1078.1079	Dos retratos de Doña Mariana de Austria.
1080	Retrato de Felipe IV de edad de unos cincuenta y cinco años.
1081.1082	Felipe IV y su mujer rezando.
1094	Retrato de un bufon llamado don Juan de Austria.
1097	Retrato de un enano llamado don Antonio el inglés.
1100	Esopo.
1101	Menipo.
1057	San Antonio y San Pablo ermitaño. 1659.

los santos. Aun sus animales, pintados como lo están de mano maestra, carecen de aquella maravillosa expresión que casi se asemeja á los sentimientos y á la razón humana, y que es tan deliciosa en los perros de Landseer.

Velazquez ha sido comparado como pintor de retratos con Tiziano y con Vandyck. La ausencia de *idealismo*, que ha hecho á Tiziano el príncipe de los retratistas, coloca á Velazquez incuestionablemente en grado inferior al maestro veneciano, así como lo hemos señalado al comparar los retratos ecuestres de Carlos V y de Olivares. En algunas cosas puede ser superior á Vandyck. Tiene menos delicadeza y refinamiento, pero sus retratos muestran mayor vigor y mas individualidad que los de Vandyck, especialmente en los que este pintó segun su último estilo ó manera inglesa. En las primeras obras de Vandyck, tales como los nobles retratos del pintor David Richaert y de Enrique de Nassau de la galería de Madrid, y en otros pintados en Génova, antes que adoptase el colorido monótono y casi débil, y el sistema convencional en los detalles, contrastan mas favorablemente con su rival español. Rubens aventajaba á Velazquez en calor y transparencia de colorido, pero no en valentía ni vigor, ni en la poderosa expresión de los caracteres. El retratista que mas se parece quizá en sentimiento á Velazquez, aunque no en sistema, es Moroni, en sus mejores retratos, como son, por ejemplo, los del palacio Pitti y de los Uffizzi de Florencia, y el del *Sastre* que hay en el Museo de Lóndres. Algo análogo habia además en el genio de estos dos artistas, pero aunque Moroni podia pintar la naturaleza con singular verdad, no acertaba como Velazquez en obras que requerian imaginación. Mientras que sus retratos son dignos del mayor elogio, sus asuntos sagrados son de muy poco mérito.

En destreza técnica, en el manejo de sus materiales, Velazquez no ha sido, quizá, aventajado por pintor ninguno. Ejercia el mas completo dominio sobre su pincel, y sus cuadros están ejecutados con una maestría y seguridad que sorprenden.

Sir Charles Eastlake, el mas competente, el mas justo y exacto de los críticos modernos, en las notas que hizo acerca de los cuadros que hay de Velazquez en el Museo de Madrid, elogia la *ejecución franca y transparente* del pintor. Parece como si el color hubiera brotado de su pincel, para producir de primera intención el efecto exacto de lo que contemplaba el artista. No hay señales en sus cuadros de retoques. Tienen, por consiguiente, una transparencia y claridad notables, aun en aquellos en donde la entonación general es oscura, como sucede especialmente con los de su segundo y tercer estilo. Estas cualidades hubieran hecho de Velazquez un gran pintor de frescos; pero resulta que nunca practicó este ramo de su arte, á pesar de que tuvo el cargo de vigilar los que pintaban otros artistas empleados en decorar los reales palacios de Madrid.

El toque libre y fácil del sistema de Velazquez, que á la vez da á sus obras el aspecto de bocetos, y que ha movido á algunos críticos á llamarle *pintor de escena*, hace que sea extremadamente difícil de imitarle, á pesar de que parece que convida á que se le imite. El llamado *estilo de Velazquez* significa generalmente, entre los pintores modernos, una manera descuidada y falsa de pintar, contrastes violentos de color, y de luz y sombra, y una ejecución grosera y abocetada que necesita distancia para que se comprenda el asunto. Es una excusa para trabajos precipitados, que oculten la falta de destreza y el verdadero conocimiento. Nada puede haber mas fatal para el principiante que caer en este error, ni deja de ser menos peligroso para los artistas de experiencia. Las últimas obras de Wilkie demuestran cuánto debe evitarse esta práctica. Su viaje á España y su tentativa de imitar á Velazquez, han perjudicado seriamente la fama de pintor grande y original, que justamente habia adquirido con sus primeros cuadros. No podemos menos de conocer esta desagradable verdad cuando comparamos el *Violinista ciego* ó la *Fiesta de aldea*, con la *Predicación de Knox*, del Museo de Lóndres. El genio de Wilkie era en un todo opuesto al de Velazquez. El uno era esencialmente minucioso; el otro era esencialmente amplio en la representación de la naturaleza. Al tratar de formar un estilo nuevo, abandonando aquel que le habia colocado entre los primeros pintores ingleses, Wilkie desconoció la tendencia de su genio y no tuvo éxito.

El pintor inglés que acaso ha sacado mas partido del estudio de Velazquez fué el difunto M. Philip, cuyo colorido tiene mucho de sus cualidades, aunque le faltan la amplitud y la facilidad que tenia el gran maestro español.

Entre los discípulos é imitadores de Velazquez pueden mencionarse su yerno, Martínez del Mazo, su esclavo Pareja y Carreño. No conocemos ningun retrato auténtico de Pareja que nos sirva para formar opinion de su mérito en este ramo de su arte. Se dice que imitaba al maestro con notable acierto, y es probable que algunos de los retratos atribuidos á Velazquez sean suyos. En su gran cuadro *la Vocación de san Mateo*, del Museo de Madrid, parece mas bien un imitador de la escuela veneciana. En la misma galería hay un retrato de cuerpo entero, pintado por Mazo, de don Tiburcio de Redin y Cruzat, caballero de San Juan, en cuya obra maestra se aproxima mucho á Velazquez. Puede decirse lo mismo de una hermosa vista de Zaragoza, también en el Museo de Madrid, en la cual las figuras están pintadas con mucha gracia, y se atri-

buyen, aunque nosotros creemos que sin razón, al mismo Velazquez. Tenia tal acierto en imitarle, segun dicen los escritores españoles, que sus retratos pasaban con frecuencia por ser obra de su maestro. No hay duda que muchos cuadros de galerías públicas y particulares atribuidos á Velazquez son realmente de su discípulo. Carreño, que fué el pintor favorito de la corte durante el reinado de Carlos II, fué pintor hábil, pero inferior á Mazo. Sus retratos, por regla general, no tienen relieve y están pobremente modelados. El mejor de ellos es probablemente el de cuerpo entero que representa un embajador moscovita, en el Museo de Madrid, y está pintado con talento; pero es monótono de color. El semblante imbecil del rey y las facciones pálidas de la reina madre, á los cuales retrataba constantemente, no eran asuntos que tuvieran grande atractivo para su pincel.

La edad de oro de la escuela española de pintura, fué de duración corta; concluye con el siglo XVII. Casi hasta fines del siglo XVIII no se encuentra un pintor fuera de Claudio Coello, que merezca el nombre de eminente ú original. Los príncipes beatos y débiles que ocupan el trono de España despues de Felipe IV hicieron muy poco ó nada para proteger el arte nacional, y buscaron en Francia y en Italia sus pintores. — Lúcas Jordan, Tiépolo, Mengs y otros artistas de la misma clase, vinieron á Madrid para decorar palacios reales, y pintar retratos de los reyes, sus familias y cortesanos. Los artistas españoles llenaron las iglesias de cuadros religiosos pueriles y que no merecen la crítica, pero del gusto de los devotos y del clero. Hacia fines del siglo XVIII, aparece un pintor español que poseia algo del genio de Velazquez. Si Goya hubiera vivido en mejores tiempos, y bajo mas altas y nobles influencias, hubiera podido levantar de nuevo la fama del arte español. Su originalidad, su facilidad de ejecución, su valiente colorido, y la sencillez de su estilo, recuerdan á Velazquez. Los críticos españoles describen con entusiasmo á este último representante de la escuela nacional, encontrando en él una combinación de Velazquez, Hogarth, Rembrandt, Tiziano, Pablo Veronés, Watteau y Lancret. No siendo españoles y sin dejar de admitir su mérito, seriamos menos exagerados en su elogio. Presenció la degradación de su país, que precedió á la revolución francesa, y los horrores de la guerra de la Independencia. Pintó algunos de sus horribles episodios con mucha valentía, y satirizó con vigorosas caricaturas fantásticas, aunque algo groseras, los vicios de los hombres y mujeres de su tiempo que fueron causa de sus desgracias. Los Borbones españoles que, como pintor de la corte, tenia necesidad de representar constantemente, Carlos IV y su mujer, con su numerosa progénie y parientes, eran monstruos de fealdad, que no ganaban nada con el mas absurdo de los trajes. Goya los ha retratado á ellos y al indigno Godoy tan á lo vivo, que bastan sus retratos para que sean despreciados por la posteridad. No es extraño que teniendo que pintar Goya tales asuntos, no goce fuera de España de la reputación que se merece.

La escuela española de pintura de la época actual puede considerarse bajo la influencia de Velazquez, y va hasta cierto punto procurando formarse sobre ella. Da buenas esperanzas, y ha producido artistas de indudable mérito, que han alcanzado un éxito merecido del otro lado de los Pirineos. Los cuadros de Fortuny y de Madrazo son bien conocidos en Francia y en Inglaterra, y existen en España algunos pintores jóvenes que podrán alcanzar la misma fama. Hay, sin embargo, dos escollos en donde los artistas españoles están en peligro de caer, la influencia francesa, y las tentativas prematuras de imitar á Velazquez. Los cuadros españoles han encontrado estos últimos años, un mercado rápido en París; pero este éxito, lo han alcanzado trabajando para vendedores franceses, y conformándose con el gusto francés. El resultado ha sido sacrificar un trabajo bueno y decente á una ejecución *descuidada, sensacional*, y á ese colorido violento é inverosímil que nuestros vecinos llaman *chique*. Hombres de mérito tan incuestionable en dibujo y color, como Fortuny y otros nuevos pintores, son capaces de producir mejores cosas que esos cuadros destinados á llamar la atención del público de los bulevares, ó que han de adornar los gabinetes de las *lionnes*. Pueden hacer que renazca la escuela nacional de pintura y acaso consigan con ello mas protección que la que han conseguido hasta ahora dentro de su país. Hemos indicado antes el peligro que corre el artista que principia queriendo imitar lo que se llama *manera* de Velazquez. El amplio y franco sistema que distinguía á este consumado maestro fué resultado de una gran experiencia, y del mas completo conocimiento de su arte.

Los que pretenden imitarle faltándoles cualquiera de estas dos condiciones, se exponen á pintar obras apresuradas y falsas, que tendrán la locura de suponer que producen el mismo resultado. Es un error fatal para los jóvenes principiantes el deseo de empezar por donde los grandes hombres han concluido.

Cuando hayan estudiado y trabajado como Velazquez deben, aun mas, pueden tener esperanza de pintar como él.

X.

Venta á beneficio

DE LOS HUÉRFANOS DE LA GUERRA.

En el teatro de la nueva Opera, en la gran galería, ha tenido efecto la semana última la venta filantrópica á beneficio de los huérfanos de la guerra.

Esta venta fué organizada por madama Thiers y Mlle Dosne.

La gran galería, trasformada en sala de ventas, habia sido magníficamente adornada segun el objeto á que se la destinaba, con tapices á lo largo de los muros y en el techo; flores en el vestibulo y en cada tienda, y detrás de estas flores las vendedoras, las unas elegantes, bonitas en su mayor parte, y todas con esa amabilidad que encanta.

Estas vendedoras de distinción, entre las cuales citaremos á madama Thiers y Mlle Dosne, madamas de Mac-Mahon, Appert, Kahn, Leon Say, de Plæuc, Fourichon, André Walther, de Bardonnnet, de Beauvau, Dufaure, Hartmann, Broet, Target, vendian de todo un poco: porcelana, objetos artísticos, corbatas, calzado, fotografías, dulces, cigarros, pipas, frutas, y hasta un carruaje, formando el lote principal de una rifa, que estaba á cargo de la princesa Troubetzkoy. Además habia un *buffet*, cuyos precios no es necesario indicar: una copa de vino de Champaña tres francos, y lo demás en la misma proporción.

La venta hecha en la nueva Opera á beneficio de los huérfanos de la guerra, ha producido 150,000 francos. Una lotería compuesta de los objetos que aun quedan sin vender en las tiendas de nuestras elegantes y simpáticas vendedoras, hará que esta suma llegue á 200,000 francos. Si no hubiese mas que doscientos huérfanos, debería considerarse de alguna importancia; pero desgraciadamente el número de estos infortunados es considerable. No importa, porque cuando se trata de caridad, este París, que dicen tan ligero, indolente y egoísta, jamás se muestra indiferente ante la desgracia.

L. C.

La semana santa en Roma.

¿Qué se ha hecho de esa pompa y de esa magnificencia con que se celebraban en la capital del Orbe cristiano las fiestas de la semana santa? ¿Qué se ha hecho de ese inmenso gentío en el día de Pascuas, arrodillado para recibir la solemne bendición dada *urbi et orbi* desde el balcón de San Pedro?

La unificación de la Italia habrá sido, segun dicen, un beneficio para la antigua ciudad de Romulus, mas aficionada al movimiento de la vida moderna; pero para aquellos que prefieren los espectáculos grandiosos, para los apasionados de todo lo que lleve el sello de la verdadera grandeza, solo habrá en esta época del año un profundo sentimiento de indecible pesar; no es posible impedir que se recuerden los esplendores de la Roma papal, y casi sin apercebiros conservais en el alma una impresión indeleble.

A pesar de la negativa del papa de presentarse en ninguna ceremonia pública durante los años de 1871 y 1872, sin embargo, se habia concebido la esperanza que en esta semana santa consentiria salir de su retiro; pero su enfermedad le ha impedido hacerlo, en el caso de que el papa hubiera accedido á los deseos de esa multitud de extranjeros que la fiesta tradicional de semana santa habia conducido á Roma. San Pedro, San Juan de Letran y otras basílicas, no han podido ofrecernos mas que los oficios de costumbre de sus respectivos cabildos. No sé si el recuerdo de lo que vi otras veces en Roma me habrá hecho injusto; pero sí puedo asegurar que por todas partes nada vi que me pareciera digno de mencionar.

El sábado santo solamente tuvo lugar en el Coliseo una procesión enteramente particular.

Sabido es que durante mucho tiempo el Coliseo servia en cierta manera de cantera, donde muchos iban á buscar materiales segun sus necesidades, y aun se citan varios edificios en Roma que han sido contruidos de esta manera; hasta que un papa, que no he podido saber su nombre, concibió un medio ingenioso de preservar este antiguo monumento: hizo elevar en el circo catorce altares pequeños, consagrando cada uno á las estaciones del camino de la cruz; y en el centro elevó una cruz grande de madera sobre una especie de altar de piedra. Desde entonces el Coliseo fue sagrado é inviolable.

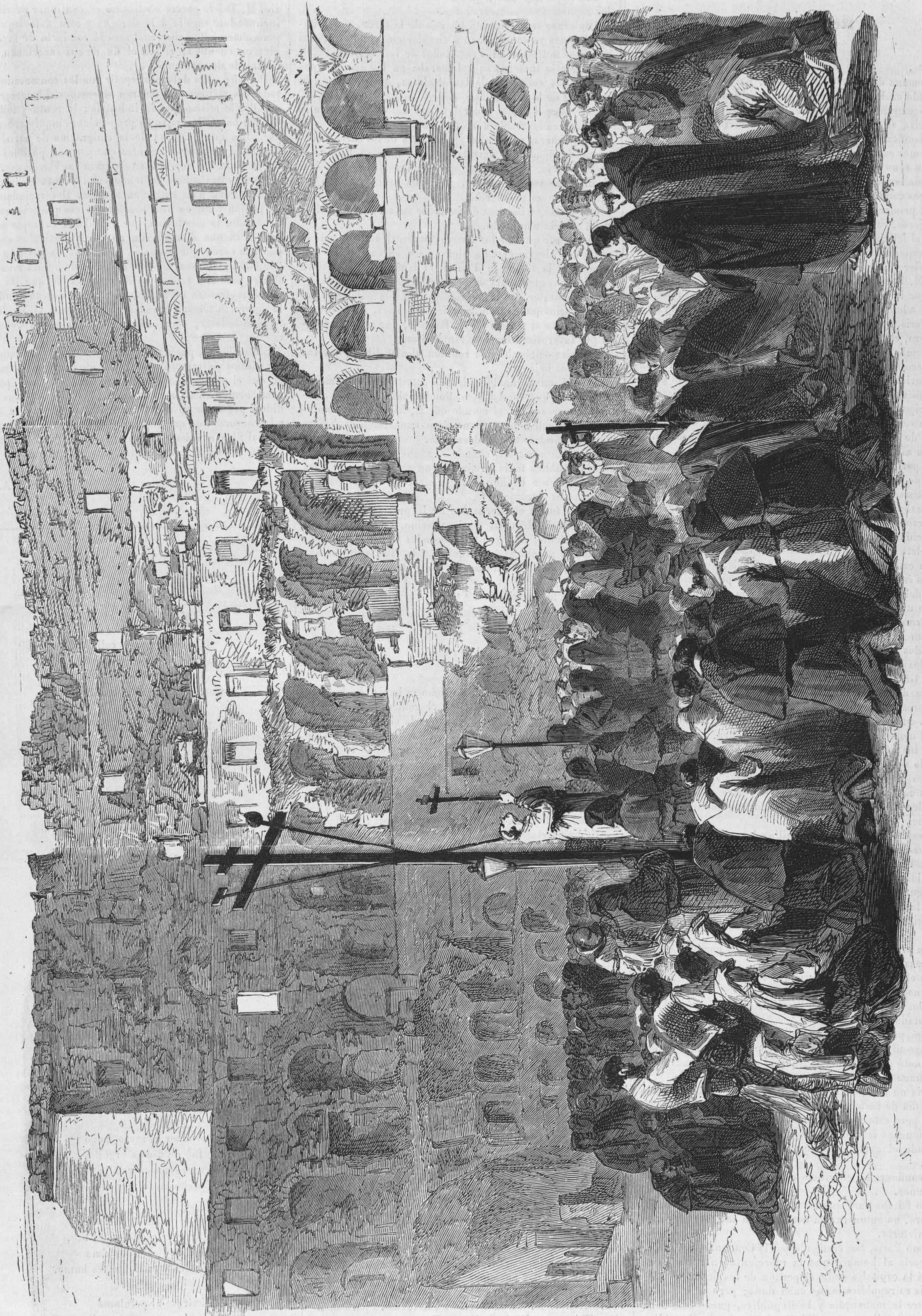
Ante los catorce altares y la gran cruz, todos los viernes al ponerse el sol, una cofradía de penitentes van á hacer sus oraciones en público y en alta voz. El viernes santo, la ceremonia es mas solemne, y seguramente es un curioso espectáculo ver á todos estos hombres con sus hábitos llevando sus linternas encendidas, casi perdidos en la inmensidad del Coliseo, y yendo de altar en altar, cantando una letanía y repitiendo una oración. Una multitud de viajeros les rodean admirados y respetuosos.

J. C.



J. de la Roche

PARIS. — Venta filantrópica en la Nueva Ópera, á beneficio de los huérfanos de la guerra.



EL VIERNES SANTO EN ROMA. — Ceremonia religiosa en el Coliseo.

Revista de Paris.

Semana de emociones políticas. La eleccion de un diputado en Paris nos ha hecho asistir á un espectáculo por todo extremo sorprendente. Cuando se creia una calma relativa en los ánimos, un deseo generalmente unánime de pacificación y de concordia, vemos de repente que las pasiones están mas agitadas que nunca, que Paris cuenta en su seno elementos revolucionarios de una fuerza que excede las previsiones mas osadas.

Tres candidatos se hallaban en presencia.

El primero, M. de Rémusat, ministro de Negocios extranjeros, candidatura iniciada por los alcaldes de Paris, que al felicitar al honorable ministro, por la parte que le correspondia en la liberacion anticipada del territorio, le ofrecieron presentarle á los sufragios parisienses; el segundo, M. Barodet, alcalde de Lyon, recientemente destituido por la nueva ley votada en la Asamblea, que reorganiza la administracion municipal lionesa á semejanza de la de Paris, sostenido por el partido radical ó exaltado; y el tercero, el coronel Stoffel, el inteligente agregado militar á la embajada francesa en Prusia en tiempo del imperio, que aconsejó no se hiciera la guerra hasta que la Francia tuviera mejor organizacion militar, este último preconizado en una reunion de bonapartistas y legitimistas, enemigos naturalmente de toda clase de República.

Un volumen entero se podria escribir para hacer la historia de esta eleccion que fué tomando por horas, digámoslo así, una importancia inmensa.

El período de las reuniones públicas seria la introduccion de esta curiosa obra.

Excesado es decir que en estas asambleas populares se aclamaba casi unánimemente al ex-alcalde de Lyon, cuyo programa significaba la disolucion de la Cámara actual, integridad del sufragio universal y amnistia general y completa para los deportados de la Commune.

Sin embargo, la profesion de fe de M. de Rémusat, el amigo íntimo de M. Thiers, y uno de los principales miembros del gabinete, prometia tambien la integridad del sufragio universal y la consolidacion de la República, y contaba con el apoyo no solo de los hombres de orden que aspiran á la quietud política de que disfruta la Francia hace dos años, sino de la parte mas numerosa de los diputados republicanos de la Asamblea, entre ellos monsieur Grévy, Carnot, Arago, etc., que veian en la candidatura de M. Barodet una grave falta en las circunstancias presentes.

Las adhesiones en favor de M. de Rémusat aumentaban de tal modo, que su triunfo parecia seguro.

En los últimos ocho dias anteriores á la eleccion y cuando ya con arreglo á la ley se habian cerrado las reuniones preparatorias, las calles de Paris aparecian ilustradas con carteles de todos colores; pero en número tan considerable, que jamás se ha visto una abundancia tan enorme.

Se calculan en mas de un millon los carteles de la candidatura Rémusat; en medio millon los de Barodet, y en 300,000 los del coronel Stoffel.

En los primeros se observaban una porcion de matices; los segundos eran todos del mismo color rojo que denunciaba la opinion política del candidato, y los del último, aparecian con un amarillo pálido y una forma aristocrática.

Esta prodigalidad anunciaba ya que los partidos hacian esfuerzos considerables.

Con efecto, ha sido así: jamás se han contado en Paris menos abstenciones.

De los 437,784 electores inscritos en las listas, 344,747 han votado.

Llegó por fin el dia en que se abrieron las urnas, el domingo último 27 de abril, y desde las seis de la mañana se notó que la poblacion queria cumplir con mas rigor que nunca sus deberes electorales.

Hacia un tiempo execrable. Una lluvia continua como en un dia de invierno, con una temperatura fria y desaparecible; pero esto no fué obstáculo.

En muchas secciones habia filas de electores en la calle sufriendo el agua, hasta que á cada cual le llegaba su turno.

La confianza en el triunfo de M. de Rémusat era mayor que nunca.

Poco faltaba para que los periódicos adictos á esta candidatura, no entonaran ya desde por la mañana el himno de la victoria.

¿Cómo Paris, tan castigado por la Commune, podia dar la mayoría al hombre que la representa en Lyon y que viene á la capital á pedir el perdón de los deportados?

Paris es republicano, no cabe duda; pero la lucha no era entre la monarquía y la República, pues nadie daba importancia al tercer candidato, sino entre la República conservadora representada por M. de Rémusat y la radical que puede volver á traer la Commune.

Era imposible pues, que no triunfara el candidato de los republicanos conservadores.

Las urnas se cerraron á las seis de la tarde, y dos horas despues ya comenzaban á circular en las bulevares las primeras noticias de los resultados de las secciones.

Un gentío inmenso se aglomeraba en las aceras esperando á los emisarios de las alcaldias, que acudian con las cifras de los sufragios.

Con estupefaccion general se vió desde luego, que la eleccion era favorable á M. Barodet.

Los primeros resultados procedentes de los barrios céntricos en donde los partidarios del orden se hallan en gran mayoría, demostraban que M. Barodet llegaba casi al nivel de su competidor. ¿Qué no seria pues, en las aglomeraciones populares?

Con efecto, á las diez de la noche se sabia que M. Barodet saldria nombrado.

Parece ser que en los barrios excéntricos esta noticia causó una alegría casi unánime; pero en cambio los bulevares de la Chaussée-d'Antin al faubourg Montmartre ofrecian el espectáculo de la desolacion mas completa.

Fué menester que los periódicos en sus ediciones extraordinarias publicasen las cifras oficiales, para que se diese crédito al triunfo de M. Barodet, que se habia tenido por inverosímil durante tantos dias.

La Bolsa celebraba una reunion al aire libre y los valores todos bajaban.

Todo el mundo hablaba de una catástrofe inminente.

Cuéntase que en el Eliseo, donde habia una gran reunion de personajes del mundo oficial, banqueros y comerciantes notables, no sabian cómo anunciar á M. Thiers que su candidato estaba derrotado.

¿Cómo no seria así, cuando se añade que el presidente de la República tenia preparado un gran banquete para el dia siguiente en honor de la eleccion de su ministro de Negocios extranjeros?

Grande fué la consternacion en la presidencia, porque no solo M. de Rémusat estaba vencido, lo mismo que el coronel Stoffel, sino que reuniendo los votos de estos dos candidatos no alcanzaban siquiera á la cifra con que habian honrado al ex-alcalde de Lyon, los electores parisienses.

Hé aquí los guarismos:

Barodet.	180,446
Rémusat.	133,407
Stoffel.	27,088

Despues de tantos esfuerzos como se habian hecho, despues de haberse comprometido el gobierno, insinuando por medio de la prensa oficiosa, que la eleccion de M. de Rémusat no era una simple eleccion de diputado, sino un voto de confianza personal al presidente de la República, la derrota tomaba una significacion altamente grave.

Y con efecto, tal es el carácter que ofrece.

El porvenir vuelve á cargarse de amenazas.

Ciento ochenta mil parisienses condenan la política del gobierno, piden una nueva Asamblea que organice la República y proclame la amnistia.

La prensa conservadora de todos los matices está consternada. Es un clamor general contra esta eleccion que descubre viva cual nunca una llaga que se creia ya casi cicatrizada. Los gritos de alarma resuenan por todas partes. Se pide al gobierno que se arroje en brazos de la derecha de la Asamblea, que se detenga en esa pendiente que lleva á la nacion al precipicio.

¿Cosa extraña y digna de notarse en esta confusion en que se agitan hoy todos los ánimos!

Los radicales celebran su triunfo con una moderacion inusitada: dicen que no han querido derrocar el poder de M. Thiers, sino al contrario, afianzarle contra las empresas monárquicas; que la candidatura de M. de Rémusat continuaba esa marcha equívoca que está siguiendo el gobierno, y por esta razon la han rechazado; en tanto que M. Barodet señala al presidente de la República el camino que debe emprender para consolidar las instituciones democráticas que desea la Francia.

Mas aun: el mismo que ha merecido los 180,000 sufragios parisienses, toma la palabra para dar gracias á los electores y habla de cordura, de moderacion y de prudencia, rechazando enérgicamente la idea de que su candidatura haya podido ser jamás una candidatura de combate. No se ha querido derrocar al gobierno, muy lejos de eso, se ha querido sostenerle ilustrándole, y M. Barodet representará en Versalles la union y la concordia.

Pero este bello programa desenvuelto despues de la eleccion para atenuar el efecto producido por los 180,000 votantes, no puede quitar al triunfo de M. Barodet la significacion precisa y acentuada que tiene en realidad y que le dieron amigos y enemigos anteriormente al desenlace.

La prensa oficiosa tuvo buen cuidado de proclamar que la eleccion de M. Barodet seria un descalabro para monsieur Thiers, y el mismo M. de Rémusat escribió en su profesion de fe, que á ella seguiria una crisis gubernamental de incalculables consecuencias.

Es evidente que un cambio de politica se hace necesario. M. Thiers parece obstinarse en continuar su sistema, inclinándose un dia á la derecha y otro á la izquierda; pero ahora falta saber cuál será la conducta de la Asamblea en cuanto se reuna al fin de sus vacaciones, ó sea dentro de dos semanas.

Por el pronto debemos repetir que los conservadores de todos los matices se muestran alarmados. El comercio se paraliza lo mismo que la industria; la renta y todos los valores bursátiles bajan en proporciones inquietantes; hay periódico que habla ya de la emigracion de parisienses, temerosos de acontecimientos que parecen posibles en la nueva situacion que acaban de crear las elecciones.

No lo extrañamos, sabiendo cuán pronta es la poblacion de Paris para entrar en zozobra. Desgraciadamente, no podian venir en peor ocasion las complicaciones políticas, pues la estadística, que calcula el consumo actual, encuentra una disminucion en ciertos artículos como el pan y la carne que probaria que Paris ha perdido sobre 343,000 habitantes. Es que hoy la vida cuesta mucho en Paris; pero si á esto se añade el temor de que las cosas políticas ofrezcan un aspecto alarmante, no cabe duda que la desercion tomará grandes proporciones, si no las ha tomado todavía, como afirman los periódicos conservadores.

Sin embargo, pasada la primera emocion, creemos que los ánimos se tranquilizarán; y desde luego, estamos viendo que el gobierno, lejos de presentarse en crisis, parece, como hemos dicho, mas compacto que nunca y mas decidido á proseguir su obra. Esperemos pues, que la union y la concordia de que se hace representante M. Barodet, será al fin y al cabo el deseo general de los hombres políticos, lo cual disipará los temores y las alarmas.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

MI SILENCIO.

Dices que yo soy callado,
Que soy pensativo y místico,
Y que tal vez bien creyeras
Que habia nacido mudo.

Dices que mi alma es de hielo,
Que al amor no rindo culto,
Y es que ignoras, dulce amiga,
Mi sentimiento profundo.

¡No sabes cuánto es horrible
Conservar el disimulo,
Y ahogar dentro del pecho
Los dolores mas agudos!

Hoy que el vicio á la virtud
Ha robado su tributo,
¿Qué corazon generoso
No se convierte en sepulcro?

Yo sé que el poder del oro
Hoy solo impera en el mundo,
Y el mérito y el saber
Son ridículos absurdos.

Sé que la honrada pobreza
Y el trabajo nunca pudo
Competir con el valor
De tres ó de cuatro escudos.

Del amor el sacro fuego
Que fué de dioses orgullo,
Hoy avergonzado estalla
Del pecho en lo mas oculto.

Hoy se vende la belleza,
Porque es la moda, es el uso,
Y el noble afecto del alma
Es sombra y es viento, es humo.

Admírase al petulante
Aunque sea un ente zurdo,
Y por mejor es tenido
El que muestra mas deslumbro.

Mucho agrada el que mas charla,
Sea titere ó palurdo,
Cuando en sus arca mantiene
El dinero siempre abundo.

¡Gloria al héroe de la farsa!
¡Gloria al oro y á sus triunfos!
Es, niña, el grito que siento
En este siglo de escudos.

Yo, que no tengo doblones,
Bien con mi silencio encubro
El crimen de la pobreza
Que hace al mas valiente mudo.

Y comprenderás ahora
Mi dolor, ya lo presumo,
Aunque iré á ser el ludibrio
De algun satírico inmundo.

Mas, bien mio, si tú me amas
Yo me rio de los buhos,
Y su estúpido graznar
No me da calor ni susto.

Al dulzor de tus amores
Vendrá mi alegría al punto,
Y del oro y sus esclavos
Verás cómo yo me burlo.

Verás cuán bella es la vida
Que rinde al amor tributo,
Y los inefables goces
Que ofrece su encanto sumo.

Yo te formaré un palacio
De gloria y de amor conjunto,
Donde de la vil codicia
No llegue el hálito impuro.

Donde corra entre placeres
El tiempo, en dichas fecundo,
Donde no sientas jamás
Del dolor el golpe rudo.

Que la virtud, el trabajo,
Amor grande, el amor puro,
Son para mí, vida mia,
Los bienes que hay en el mundo.

MANUEL ANTONIO HURTADO (CHILENO).

La mujer pérfida.

(Conclusion. — Véase el N^o 1,060).

VI.

— ¡El caballero Egerton Tracy?... dijo una voz sobre el muelle de la estacion de Victoria, al acercarse á un transeunte... ¿Salís quizás para Sunnington-Lodge? Soy Ferrars... el pastor Ferrars.

— ¡Oh admirable sorpresa! He oído hablar de vos, y segun creo habeis sido recomendado por Tom Rivers á mi tío. ¿Tom está bueno?

— Gozaba de buena salud la última vez que tuve el gusto de verle; pero desgraciadamente muy mal en los negocios.

— Todos padecemos de la misma enfermedad. ¿No es verdad, Charlie? Caballero Ferrars, tengo el honor de presentaros al capitan Strange. Creo que cuanto mas dinero se posee mas deseos hay de gastar.

— No creo que Tom Rivers se encuentre en este caso, porque la falta de dinero era lo que le tenia disgustado.

— No soy mas favorecido que él de la suerte; pero venid por aquí... y subamos al carruaje; decidme, ¿qué clase de hombre se ha hecho Tom Rivers? Antes era un jóven excelente. Por este lado, pastor; si... ¡oh! os ruego que me dispenseis, caballero Ferrars.

— Estoy ya acostumbrado á este nombre... los salvajes no me llamaban de otra manera. ¡Oh! dispensadme, siempre viajo en segunda clase.

— ¡En segunda clase! de ningun modo podré resolverme á viajar de ese modo.

— ¡En segunda clase! dijo Strange sorprendido.

— Charlie, ¿si tomáramos de segunda clase para acompañar á M. Ferrars? ¿Qué os parece? aun cuando no fuera mas que para divertirnos.

— Vamos en segunda, dijo Charlie.

Y los tres suben á un carruaje de segunda clase.

— Os ruego no fumeis, dijo Ferrars al observar que Strange sacaba su pipa, porque produce siempre en mí un efecto desagradable desde que padeci calenturas.

— ¿Cómo? yo creia que todos fumaban en la Australia.

— ¡Si se fuma! sí, señor, y no hacia yo otra cosa cuando no estaba ocupado en reformar las costumbres de los salvajes.

— Entonces, ¿por qué os oponéis á que fume? le pregunta Strange con un tono seco.

— No me opongo positivamente; pero como me produce siempre una violenta irritacion, creí que os causaria tal vez el mismo efecto... No tengo todavia la cabeza bastante fuerte.

Los dos amigos cambiaron una mirada; pero Strange guardó prudentemente la pipa. Decididamente el pastor era insoportable.

— Aquí hay sitio, entrad, grita Ferrars á una mujer gruesa acompañada de dos niños bien poco graciosos.

— No subais aquí, no hay asiento, gritó á su vez Strange.

— No importa, buena mujer, subid. Dadme el niño, pues estoy acostumbrado á ellos. No creais que falte sitio. Si, querido, tú te sentarás en mis rodillas, y tu hermanito en las de ese caballero, añadió Ferrars, designando á Strange.

Cuando los tres compañeros de viaje subieron en el carruaje, ya le ocupaban otras dos personas. La mujer era corpulenta, y los niños, de una pulcritud dudosa, llevaban cada uno en la mano un bollo á medio pellizcar. Tracy se sonreia al ver que el mayor trataba de hacer su ascension sobre las rodillas de Strange; pero el instinto del niño parecia advertirle que no lo conseguiria sin correr algun peligro, y se contentó con jugar durante todo el camino al lado del guardia de corps, no sin tener á este en una continua alarma, mientras que el reverendo M. Ferrars hablaba con el otro que tenia sobre sus rodillas en una jerga, que, en lo poco que se le comprendia, parecia que seria solo inteligible á los salvajes de la Australia.

Cuando los tres viajeros llegaron á Sunnington-Lodge, encontraron á Amy y á Carolina tomando el té debajo de los árboles. Carolina se adelantó, y Tracy presentó á su amigo el capitan Strange. Este, al incorporarse despues de haberse inclinado para saludar á las dos jóvenes, su mirada se encontró con la de Amy, que tambien se habia inclinado para saludarle. La palabra « sorpresa » no expresa sino muy débilmente el efecto que produjo sobre el capitan la presencia de la jóven; su fisonomia oscura apareció repentinamente cubierta de una mortal palidez; apenas pudo articular algunas palabras casi ininteligibles. Por el contrario, Amy parecia estar completamente satisfecha; y al recordarle, tal vez con alguna volubilidad, la época en que se conocieron, contestó solo con algunos monosílabos; y cuando empezaba á adquirir su proverbial serenidad para continuar la conversacion, se acercó á Carolina.

Tracy, poco observador por naturaleza, y absorbido en admirar á Amy, aceptó con gusto la ocasion de hablarla. Entre tanto M. Ferrars, despues de haber contemplado por algunos momentos esta escena con aire sardónico, penetró en la casa, apareciendo en este instante M. Stapleton.

— ¿Cómo va, Edgy? Capitan Strange, habeis sido bien amable de haber aceptado mi invitacion, hecha en el último momento. Supongo que ya habeis sido presentado á estas señoritas.

— Ya he tenido el gusto de ver al capitan Strange, dijo Amy con voz clara y sonora, mientras que este se esforzaba para tranquilizarse y repetir las mismas palabras.

— Nada me habiais dicho, añadió M. Stapleton, pasando sucesivamente su mirada de la jóven al capitan, porque no pasó desapercibido para aquel la turbacion de Strange.

— Es verdad, dijo Amy; pero ignoraba que hubiéramos tenido la satisfaccion de verle aquí; hace muchos años que no nos hemos visto.

— Supongo que no le habeis encontrado menos amable que era entonces. Pero ¿dónde está M. Ferrars, Edgy? Creo que no habrás entablado alguna polémica con él.

— ¡Qué ente tan original! Sin embargo, no le falta malicia, y Strange ya tiene algunas pruebas de ello, pues no solo nos ha hecho subir en un carruaje de segunda clase, sino que nos obligó á aceptar la compañía de una mujer gruesa con dos angelitos.

— Es un hombre muy notable, á pesar de sus singulares maneras. Espero que habeis estado fino con él, le dijo M. Stapleton.

— Le he dado pruebas de la mayor deferencia, y os aseguro que un hombre que ha conseguido trasformar á Charlie en la niñera de un niño, cuya cara nada limpia estaba además llena de migas de bollo, me merece el mayor respeto.

M. Stapleton se echó á reir, y Carolina pregunta si el niño era bonito.

— ¡Huf! os aseguro que no me he ocupado en mi-

rarle... Edgy se chanea, porque jamás he visto un mono tan súcio, murmuró Strange.

La dignidad del capitan habia sufrido duras pruebas en aquel día, y conocia que no habia parado los golpes como debia hacerlo un guardia de corps.

Pero mi historia empieza á languidecer; y ahora que todos mis personajes están en escena, ha llegado el momento del desenlace.

Strange seguramente no estaba contento, y Carolina aparecia con una sonrisa burlona, que aquel no acertaba á comprender. Amy parecia decidida á ocuparse de Tracy, asi como este estaba resuelto á no abandonar á aquella. Seguramente un espectador se hubiera mostrado distraido al contemplar la sublime indiferencia del jóven en un terreno que le estaba permitido aventurarse, con la seductora diligencia en el que solo debia cumplir con los deberes de urbanidad.

Sin embargo, en su lenguaje se observaba que traspasaba los limites que al parecer convenia á su tío; y unido á esto la indiferencia que mostraba por Carolina, debia atribuirse la expresion de desagrado que aparecia en el semblante de M. Stapleton. En efecto, desde la biblioteca, en donde estaba hablando con el reverendo M. Ferrars, observó al través de la puerta lo que pasaba en el salon. Carolina desplegaba todos sus atractivos con el capitan Strange; pero seguramente este no se hallaba satisfecho, pues carecia de su habitual aire de conquistador, demostrando deseos de poner fin á tan enojosa conversacion y acercarse á Amy; sus tentativas, sin embargo, fueron infructuosas, por la resistencia que esta oponia.

El pastor australiano y M. Stapleton hablaron de estadística hasta las últimas horas de la noche, y cuando todos hubieron recogido sus bugias, Strange se retiró majestuosamente á su habitacion, mientras que el dueño de la casa no parecia tampoco muy satisfecho de la velada.

Al día siguiente, domingo, debian ir á la iglesia, que se encontraba á una legua de distancia de la poblacion. Se pusieron pues en camino, siendo los primeros Stapleton y Ferrars; Carolina y Tracy los seguian, y cerraban la marcha Amy y Strange. Muy en breve por la conversacion que se entabló entre los dos últimos personajes conoceremos las relaciones que habian sostenido anteriormente.

— Soy feliz de tener la ocasion de hablar con vos, miss Boper.

Amy guardó el mas profundo silencio.

— Mi conducta no es tan extraña como lo suponeis. — Me alegro por vos, contestó Amy; pero dejemos de hablar de un pasado que ambos debemos olvidar.

— No podeis imaginaros cuán atormentado he sido; pero os confieso que estuve loco al escucharlos.

— No, capitan Strange, soy yo la que he estado loca; pero creo que hoy estoy ya curada.

— ¿Por qué me hablais así con un tono tan frio? Jamás he amado ni amaré á ninguna mujer tanto como á vos.

— Estoy convencida de lo mismo.

— Entonces ¿por qué os mostrais tan indiferente conmigo?

— Porque despues de lo que vos mismo admitis, conozco de lo que vuestro cariño es capaz y hasta dónde llega.

— Permittedme que me explique, Amy; todavia puede arreglarse...

— Llamadme miss Boper, os lo ruego. Las cosas deben continuar tal como están; nada de explicaciones, porque no darian ningun resultado. He comprendido, aunque tarde, lo que habeis hecho, y por qué obrasteis de esa manera; y hoy no deseo que se realice una reconciliacion que habeis hecho imposible.

— ¿Habeis cesado pues de amarme?

— Completamente, pues el hombre que amaba jamás ha existido, sino en mi loca imaginacion.

— Sois bien cruel, dijo Strange, cuyo carácter impetuoso empezaba á inquietarse, como lo probaba al tronchar con su baston todas las florecillas del campo que encontraba en su camino.

— No soy cruel, capitan Strange, dijo Amy, pasando dulcemente su brazo sobre el del jóven; siento el atormentaros, pero lo que acabo de decir es la verdad, y me reprocharia siempre el haberla ocultado.

— ¡Sois todas tan veleidosas! contestó Strange con amargura. ¿Preferireis sin duda á Tracy?

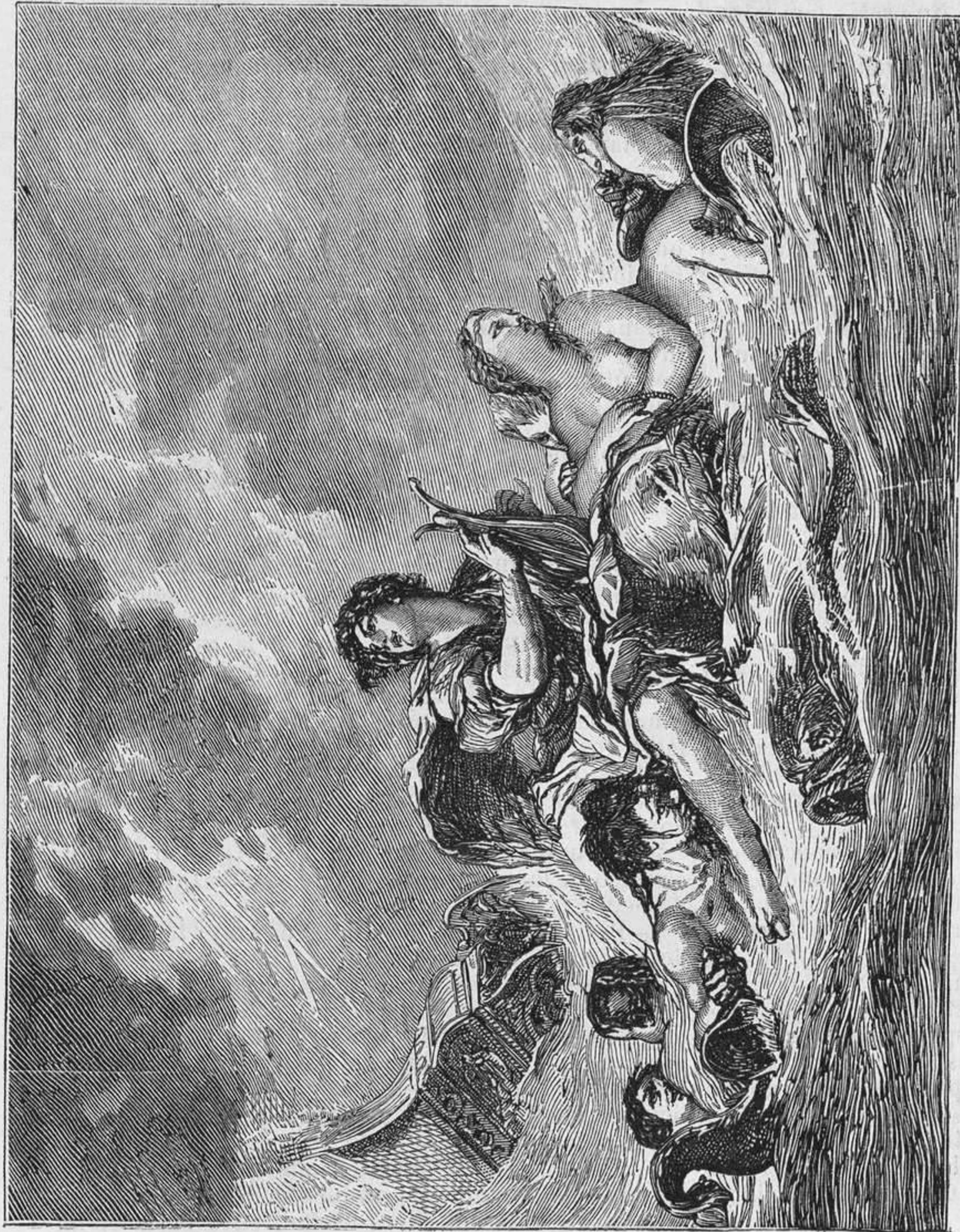
— No; y puesto que sois injusto, capitan Strange, me explicaré por la última vez. En esos días de ilusiones me habeis elevado, yo niña entonces sin experiencia, á un grado de dicha y de triunfo que ni mi imaginacion ni mi corazon eran capaces de soportar. Creí que vuestra conducta y vuestros homenajes eran otras tantas pruebas de nobleza y de un alma generosa; y al aceptarlos os di en cambio mi primer amor, y con él el gozo mas puro y la mas viva de mi existencia. Este amor le habeis despreciado, hollándole bajo vuestros piés, en donde necesariamente habia de marchitarse y morir. Entonces os creí infinitamente superior á mí; hoy os considero inferior, porque he aprendido en una dura escuela que la sinceridad, el valor y la honradez son los únicos dotes capaces de elevar á un hombre sobre los demás; pero los que son como vos no pueden comprender ni apreciar la naturaleza de una mujer. Me seria imposible hoy que reviviera en mí ese puro amor y las dulces ilusiones de otros días que las flores de esa dolorosa velada de estío, en donde he leído, trazada por vuestra misma mano, mi primera leccion del corazon humano.

— No habéis tan alto, porque me vais á volver sor-
do con vuestros gritos.
— ¿Qué hacíais ahí con mi sobrina, caballero?
— Estaba hablando con esta jóven, á quien tengo
el mayor respeto, de un asunto interesante.
— ¡Interesante! no lo dudo. Si quereis podeis ca-
saros con ella, pues os advierto que su vergonzosa
conducta no merece que quede un solo instante en mi
casa. Vos tambien espero que partireis lo mas pronto
posible.
— No puedo casarme, caballero Stapleton, porque
soy casado.
— ¡Insolente! Salid, caballero, salid.
— Haré inmediatamente mi equipaje; afortunada-
mente no habia deshecho mis paquetes de libros.
Al decir esto el pastor desaparece, dejando á mon-
sieur Stapleton aturrido y furioso.
Algunos instantes despues M. Stapleton apercibió á
poca distancia de él voces irritadas, y al entrar en
una calle vió á Amy que lloraba amargamente, mien-
tras que Tracy y Strange hablaban con calor.
— ¿Qué significa ese ruido? preguntó perplejo, co-
mo dudando de lo que veía. Mi querida Amy, ¿qué
teneis? Y vosotros, caballeros, ¿por qué disputais de
ese modo?

Los dos tenían un aire irritado y confuso. Amy cor-
rió hácia M. Stapleton, y se apodera de su brazo como
reclamando su proteccion; pero antes que hubiese
podido pronunciar una palabra aparecieron en la es-
cena otros dos personajes: Carolina del brazo de un
caballero.
Este último se parecia bastante al pastor, solo que
se tenia mas derecho; sus cabellos, de color castaño
claro, cortos y rizados, se veían sustituidos por bucles
negros, y un hermoso bigote rubio habia reemplazado
á su larga barba negra. Los anteojos habian desapa-
recido. M. Stapleton fija su vista como dudando de
este nuevo personaje.
— El pastor se ha ausentado, M. Stapleton, como
lo deseabais; pero en su lugar ha dejado á Tom Ri-

— La primera vez que una mujer os dé su corazon,
tomadle, guardándole como si fuera un depósito sa-
grado, porque mi mano no os pertenece, ni jamás la
poseeréis.
Al pronunciar estas palabras precipita sus pasos,
de modo que cuando llegó al pórtico de la iglesia, se
hallaba separada de Strange mas de cien pasos. Era
tal la turbacion de este, que seguramente si hubiera
podido eclipsarse lo hubiera hecho.
Al regresar de la iglesia, el orden de la marcha ha-
bia sido invertido. Tracy acompañaba á Amy, Ferrars
y Carolina les seguian, y despues iban M. Stapleton y
el capitán Strange, el cual lanzaba miradas furiosas á
su amigo y antiguo camarada.
Serian las doce, cuando M. Stapleton vagaba por el
bosque en busca de Amy, convencido que Tracy se
habia aprovechado de la ocasion para declararle su
amor; pero de repente se encontró ante un espectá-
culo que le dejó inmóvil por algunos instantes.
En un sitio apartado, lejos de las miradas curiosas,
dos personajes estaban sentados sobre el tronco de
un árbol caído; ambos tenían un brazo al rededor de
la cintura del otro; una era Carolina, y el otro no era
Tracy; pero sí... ¡El reverendo M. Ferrars de los bos-
ques de la Australia! Absorto M. Stapleton al verlos,
no pudo pronunciar la menor palabra durante algunos
minutos, pero despues exclamó con el mayor furor:
— ¡Carolina!...

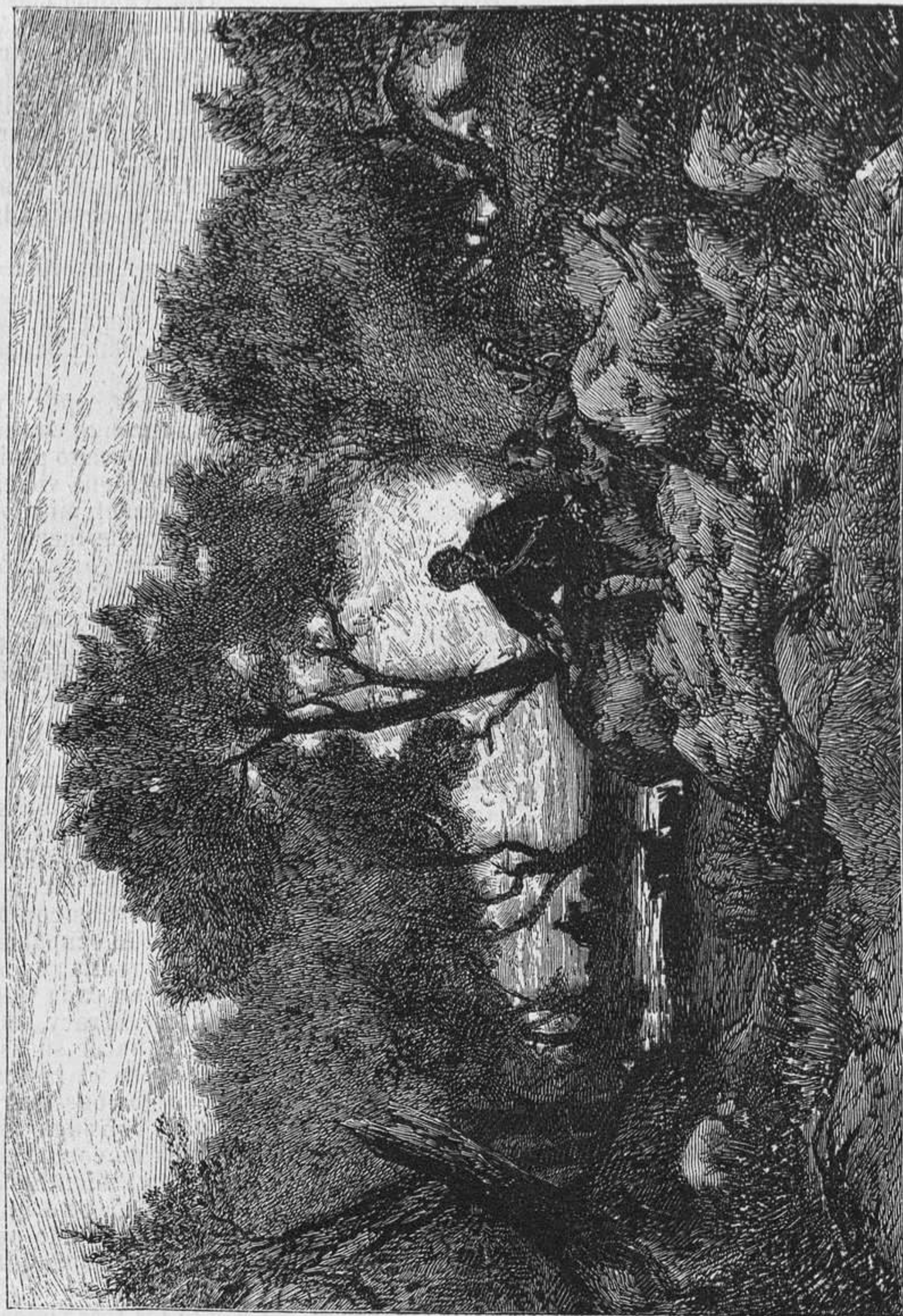
La pareja se estremece, y la jóven, no dejando á su
tío que concluyera su exclamacion, huyó como si un
tigre hubiese salido á su encuentro.
El pastor, por su parte, no se mostró menos sobre-
cogido; pero se repuso en breve para hacer frente á
la tormenta.
— Caballero Ferrars, ¿qué significa esa extraña y
vergonzosa conducta?



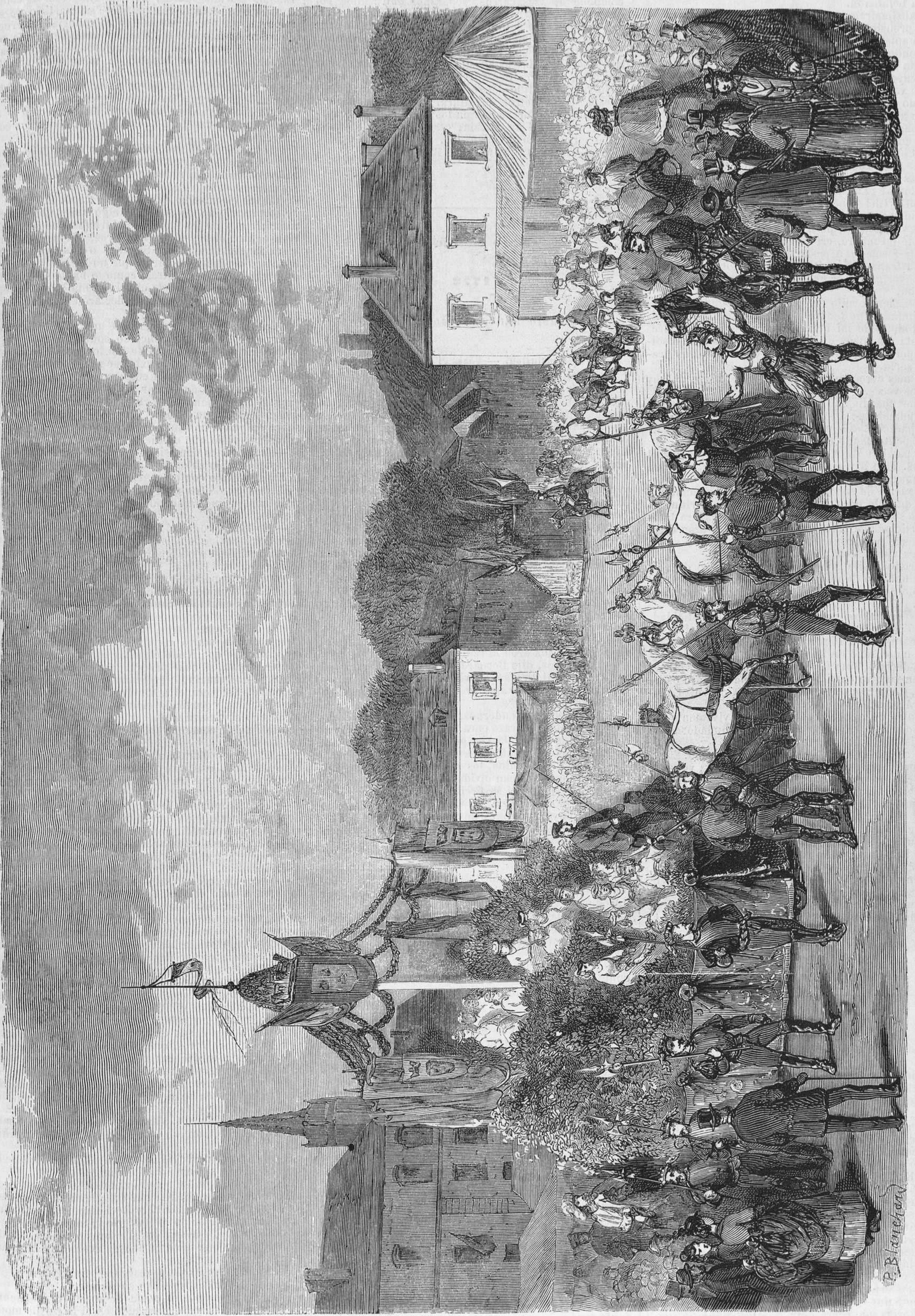
BELLAS ARTES. — *Arion*, por Boucher.



La entrada de una aldea, por J. Ruysdael.



Los cabreros, por T. Rousseau.



Fiestas de Saint-Calais (Francia) con motivo de la inauguración del ferro carril de Mamers.

vers, que os presenta á su mujer para que nos deis vuestra bendicion.

Nos abstendremos de repetir aquí la exclamacion muy representativa que se escapó de los labios de monsieur Stapleton.

— Confio que nos perdonareis, querido tío. Habia conocido en Paris á Tom Rivers, y... nos hemos casado anteayer.

— Es verdad, y os confieso, M. Stapleton, que hemos sido unos locos, y que si no hubiera dudado de vuestro afecto hacia mi, hubiésemos evitado esta locura; pero Carolina deseaba que se celebrara la ceremonia en Saint-Georges en Hanover-square, y aquí ha sido en efecto en donde nos hemos casado, despues de publicadas las amonestaciones y cumplidas todas las formalidades que están en uso.

— ¡Cómo! ¿Las amonestaciones han sido publicadas aquí? ¡Oh! ¡qué loca es mi sobrina! Gracias á Dios que eres menor de edad.

— Es verdad, tío; pero como he recibido la autorizacion de mi madre, creo que el nudo está irrevocablemente formado. A pesar de lo que haya podido decir el australiano Tom Rivers, sus negocios se hallan en el mayor grado de prosperidad, y solo os pide su bendicion.

— Felizmente, dijo M. Stapleton, segun todas las probabilidades, no tendreis que esperar mucho tiempo. Ved ahora de mi brazo á una señora que al ofrecerse esta á mañana dividir la suerte de un viejo soltero, espera que le hará tan feliz como vosotros pretendéis serlo.

Y sin mas ceremonias, M. Stapleton abraza á Amy repetidas veces.

Los dos guardias de corps se miraron un instante, como dudando de lo que acababan de oír. Aunque Tracy aparecia tan sombrío como Strange, sin embargo de repente dando una carejada, exclamó:

— Mi palabra de honor, la escena es de las mas patéticas. Tom Rivers, os felicito, pues confieso que teneis una mujer encantadora, aunque no haya yo tenido la suerte de ser aceptado por ella. En cuanto á vos, mi querido tío, ¡plegue á Dios que la fortuna os continúe sonriendo como hasta aquí! Quisiera tambien participar de tanta dicha; pero mi corazon carece de fuerza para conseguirlo. De modo que os deseo una larga vida y toda clase de felicidades.

— Carolina, dijo Amy, direis tal vez que deberia haberos hablado de mi resolucion; pero hasta ayer no he podido dar á vuestro tío un corazon completamente libre.

— Excusadme, os ruego, de mi aparente rusticidad, continuó Rivers; pues no he podido resistir al deseo de representar con Dick Carter una comedia que un escocés me enseñó en Manchester.

— Os declaro, Tom Rivers, que habeis representado muy bien vuestro papel. Ya sabeis que siempre os he querido, y espero que Carolina os hará dichoso. ¿Cuándo estará su madre de regreso?

— Dentro de quince dias, tío; desea vivamente daros personalmente las gracias por lo bondadoso que os habeis mostrado con su hija.

— Os aseguro que tendré un placer en verla. Edgy, nada temais; mi felicidad no perjudicará á la vuestra, aunque en esta ocasion Tom Rivers haya sido el preferido.

Los amantes se retiran, quedando solos sobre la escena los dos guardias de corps.

— ¡Hu!

— ¡Hu!

— He hecho un bonito negocio, Charlie. ¡Hu!

— Y á vos, despues de tantas protestas de amor, ¿tambien os la han arrebatado?

— ¡Qué boberia!

— ¡Qué viuda hará! Vamos, no tomeis ese aire tan furibundo. Confesemos que hemos sido burlados hábilmente por una mujer «pérfida.»

(Frazer Magazine.)

Las fiestas de Saint-Calais.

La ciudad de Saint-Calais (Sarthe) acaba de celebrar por medio de fiestas la inauguracion del ferro-carril que la une con la de Mamers, del mismo departamento.

Esta inauguracion tuvo lugar el 14 de abril último. Mamers es una bonita poblacion situada sobre el Dive, pequeña corriente de agua que se une con el Orne, no caudaloso, y que á su vez desemboca en el Sarthe. En Mamers se encuentran fábricas importantes de tejidos de cáñamo, de indianas y de algodón, y encierra monumentos históricos, así como Saint-Calais, situado sobre el Anille, rio que desagua en el Braye y en el Loir, y cuya poblacion es próximamente de 4,000 almas. En esta ciudad se hace un gran comercio de granos, maderas, volateria y ganados, y se encuentran además fábricas de sargas, tejidos, filaturas de lana, curtidos y tejas, etc., etc.

Entre los espectáculos que han tenido efecto en las fiestas de Saint-Calais, se hace notable la gran balgata histórica que representa nuestro dibujo. El momento elegido por el dibujante es cuando llega la ca-

balgata á la plaza del Hotel de Villa. La comitiva se compone de tres carros, separados entre ellos por grupos de caballeros con trajes de máscaras. Abria la marcha un carro con músicos, despues le seguia el de los niños, y finalmente el gran carro emblemático.

Nada hay que observar de notable en la plaza del Hotel de Villa. En sus alrededores solo haremos notar un carro, y sobre él se aperciben las ruinas de un palacio con su castillo del siglo X, y el campanario de la iglesia, de 53 metros de altura, y coronado de una flecha de 1623, ofreciendo en los ocho ángulos cayados vegetales. Esta iglesia, que debe considerarse como un monumento histórico, es de forma ogival, menos la fachada, que data del Renacimiento.

L. C.

Hace cien años

1772

EPISODIO DEL ANTIGUO RÉGIMEN.

(Conclusion. — Véase el N.º 1,060.)

En el momento en que ambos amigos entraban en el café, fijaban dos carteles en que anunciaban que las comedias ordinarias del rey, que se representarían en aquella noche, era la tragedia el *Tancredo*, por M. de Voltaire, y en la Opera Cómica, *Rosa y Colás*, poema de Sedaine, música de Monsigny.

— Y justamente, dijo Bernardino de Saint-Pierre, ved ahí al autor de *Rosa y Colás*; ni mas ni menos que M. Sedaine en persona.

— Decidme, ¿quién es ese caballero tan feo que está hablando de pié con él? preguntó Hector.

— ¡Oh! es un calavera que está siendo la desesperacion de su padre por sus locuras, y que sin duda concluirá mal: se llama el conde de Mirabeau. Venid que os presente á Sedaine; está en muy buenas relaciones con la corte.

Y diciendo estas palabras, el amable M. de Saint-Pierre se adelanta hacia los dos personajes que acababa de citar, y les presenta á su joven amigo, y despues de haber pedido cuatro vasos de vino caliente, los cuatro se sentaron al rededor de la mesa.

— Caballeros, dijo Bernardino de Saint-Pierre, ved aquí á un viajero que ha visitado las cuatro partes del mundo y regresa algo preocupado de la situacion de nuestro pais.

— No debe sorprendernos, dijo el conde de Mirabeau, alargando el brazo para tomar la *Gaceta de Francia*, las cosas van cada vez peor. ¿Podreis creer que mi sastre no quiere abrirme un crédito en su casa?

— ¡Bah! dijo Sedaine, los sastres son como las mujeres, los nuevos hacen olvidar á los antiguos.

— ¡Ah! ved aquí á M. Crebillon, exclama el joven Mirabeau, al apercibir á ese viejo pecador endurecido que distribuye apretones de mano á derecha y á izquierda. Le venero por la autoridad de sus principios.

— Deberiais seguir su ejemplo, le dijo riendo el autor de *Rosa y Colás*.

Entre tanto, el caballero de Rochefeuille, que se habia aproximado á Sedaine, le decia que aspiraba á ser introducido en la corte.

— Nada mas fácil, contestó el poeta, y desde luego yo me ofrezco á introducirlos, si uno de los miembros de la inmortal legion del Canadá tiene necesidad de un introductor.

— ¿Este caballero se ha batido en el Canadá? preguntó Mirabeau.

— Sí, señor, acaba de llegar de la India, contestó M. de Saint-Perre.

Las palabras «India» y «Canadá» repetidas por el joven conde, volaron de boca en boca, y el caballero fué muy pronto el objeto de todas las miradas de los concurrentes al café; pero como no le satisficiera el papel que en aquel momento representaba, continuó su conversacion con Sedaine, diciéndole si la presentacion que anhelaba podria tener lugar en el mismo dia.

— No lo creo imposible, dijo Sedaine, pues os conduciré á casa del caballero de Boufflers, que debe estar hoy en Paris, y una vez bajo su proteccion, debéis considerar vuestro negocio hecho. ¿Supongo que ya habeis oido hablar de Boufflers?

Hector de Rochefeuille ignoraba completamente que existiera semejante persona, pero contestó afirmativamente; pues creia que en el mero hecho de usar un traje de terciopelo y peluca, debia conocer á todas las personas notables de Francia.

— Entonces ya sabreis que el caballero de Boufflers es un amante de las musas y un amable protector de las letras. Este fué el principio de mi amistad con él. Si quereis hacerme el honor de acompañarme, iremos á su casa; pero os advierto que no podemos presentarnos antes de las tres, porque M. de Boufflers se levanta tarde.

El caballero de Rochefeuille se lamentó que M. de

Boufflers no madrugara mas, condenándole á esperar dos mortales horas. En esta situacion se colocó cerca de la estufa, resignándose al martirio de ser importunado por personas que no conocia, interrogado sobre hechos que ignoraba, y cumplimentado por acciones á que no habia concurrido. Felizmente para Hector, el café se llenaba de minuto en minuto, aumentándose la confusion. En la imposibilidad de poder contestar á la mayor parte de las preguntas que se le dirigieron, se creyó dispensado de responder, lo cual le dió una apariencia de discrecion y de modestia, que causó la admiracion de todos los concurrentes.

Por lo demás, la solicitud de que fué objeto, nada tenia de molesto. Los asistentes al café estaban colocados en círculo al rededor de la estufa, teniendo sus sombreros debajo del brazo, mientras que las cajas de tabaco circulaban de mano en mano. El caballero se sorprendió de los discursos algo libres que se pronunciaban, y de las palabras injuriosas que se profirieron contra el rey y sus ministros, sin que le pareciera inquietarles M. de Sartines ó sus agentes. En cuanto á madama du Barry, que no se habia declarado protectora de las letras, como lo habia sido madama de Pompadour, desde el primer dia, toda aquella banda del *Café de Procope*, se declaró en contra suya. ¡Pobre mujer!

El caballero no habia perdido una sola palabra de las que se habian pronunciado contra la favorita; y al considerar la fisonomia de tan locuaces concurrentes, advirtió un joven de exterior repugnante, vestido pobremente, que discutia con energia y que ponía un cuidado especial de hablar de generalidades filosóficas, sin atacar jamás directamente á una persona, ni denunciar ningun abuso. Promovida una discusion sobre un punto bastante delicado, uno de los interlocutores le pidió que emitiera su opinion.

— M. Marat es demasiado prudente para manifestar su opinion, dijo entonces un hombre de unos cuarenta años, vestido con elegancia.

El médico de los guardias del conde de Artois, dirigió una mirada iracunda al que así le habia apostrofaado.

— No todos, contestó, tienen el talento de enriquecerse, pretendiendo perfeccionar la humanidad. M. de Beaumarchais, en mi lugar, hubiera sido mas prudente que yo.

Al oír estas palabras, algunas risas se contuvieron, pues la fortuna del autor de los *Dos amigos*, adquirida por medios que no se conocian suficientemente, habia sido demasiado rápida para que fuera bien aceptada por la tribu de las letras, muy propensa á la envidia. Beaumarchais sufrió con resignacion la réplica algo mordaz, y no queriendo entablar una polémica con el doctor Marat, al cual parecia tener poco aprecio, se contentó con lanzar un epigrama al primer burlon que encontró. Este era el actor Préville, que pasaba por ser muy rico, y particularmente muy avaro... el futuro autor del *Casamiento de Figaro*, se sirvió en esta ocasion de él como de un parayos, desapareciendo despues.

— El doctor Marat, al verle salir, se aproxima al conde de Mirabeau, que leia la *Gaceta de Francia*, no queriendo que pasara la ocasion de intervenir en la conversacion.

— Verdaderamente, le dijo, soy acérrimo partidario de la franqueza, y no puedo sufrir un hombre cuya vida está en contradiccion con sus palabras.

— ¡Ah! si esa regla prevaleciera, nos haria llevar á todos los que estamos aquí, una feliz existencia. Ved á M. Crebillon.

— Os confieso que esa es mi opinion; y con respecto á mí, añadió el atrabilario doctor con gran vehemencia y una voz que se asemejaba al silbido de un reptil, un hombre que censura á los demás, debe empezar por sí mismo. Entre nosotros hay un sinnúmero de personas provistas de recetas para la curacion de las enfermedades sociales; pero hasta ahora solo conozco á M. Rousseau que nos aconseja seguir su ejemplo, ignorando tambien si debemos fiarnos de él. ¿Es que quizá M. Rousseau huye de las riquezas, ó es que estas huyen de él? Ved un ejemplo. Cuando estamos enfermos, no deben buscarse doctores tímidos que entretienen á sus enfermos con palabras dulces, sino rudos carniceros, que con mano fuerte manejan el escarpelo; verdaderos verdugos que si nos atormentan es para curarnos de nuestros padecimientos.

Estas frases fueron acogidas con frialdad. El conde de Mirabeau trata de simular un ligero escalofrio, diciendo á los que estaban á su lado.

— El lenguaje de M. Marat es mas propio de un matadero; este hombre no es un médico, sino un carnicero.

— Os aseguro, añadió otro, que como médico, se le cederia generosamente á mi enemigo.

Este sentimiento de repulsion fué unánime entre los concurrentes al café. Así que fué grande la sorpresa, viendo al modesto y discreto Rochefeuille aproximarse á Marat, y diciendo al tenderle la mano:

— Caballero, apruebo las palabras que acabais de pronunciar, y que me dan una solucion que hace algunas horas buscaba.

M. Marat, alarga, sin apresurarse, una garra negra que el caballero estrechó en su mano.

En este momento el poeta Sedaine, visiblemente turbado, saca su reloj, y tocando en el brazo de monsieur de Rochefeuille le dijo:

— Son las tres, caballero, y es el momento de salir.

El mozo vestido de librea, que había servido el vino caliente, salió para buscar un carruaje ó dos sillas de manos. Una feliz casualidad hizo que encontrara el vehículo, con gran contento de los chicos que se agolparon á la puerta para contemplarlo y ver subir en él á los nobles caballeros del *Café de Procope*. Bernardino de Saint-Pierre, acompañó á su amigo hasta la portezuela, y grande fué la sorpresa, al oír las palabras que le dirige despues de haberse despedido de él.

— Adios, y tened presente que cualesquiera que sean los acontecimientos que sobrevengan, abré buscado la felicidad de mi patria.

— Este jóven tiene un aire particular, hizo observar un enciclopedista á su vecino y colega, cuando el carruaje se hubo alejado. ¿No sois de mi misma opinion?

— Si, dijo el segundo enciclopedista, con un ademán pensativo; me hace recordar á un fanático de quien se habló mucho hace quince años...

— ¿De quién quereis hablar?

— ¿De Damiens, el asesino del rey, que fué enroddado y descuartizado?

— Uf... dijo Mirabeau. Decididamente la conversacion es demasiado lúgubre. Me voy al teatro, pues es la hora del ensayo, y tal vez encuentre alguna actriz en el salon.

IV.

Eran las tres cuando el caballero de Rochefeuille y Sedaine, dejaron el *Café de Procope*, y en la misma noche, á las siete, Hector de Rochefeuille atravesaba el gran patio del palacio de Versailles, en el carruaje de Boufflers.

Este caballero era uno de los mas nobles y cumplidos de aquella época. De edad de treinta y cinco años, apenas representaba treinta, gozando siempre de esa juventud de que participaba tambien hacia mucho tiempo el duque de Richelieu, su amigo, y que era tanto mas sorprendente, cuanto que ambos amigos llevaban una vida de placeres que debia conducirles muy pronto á la decrepitud.

La familia de Boufflers hubiera deseado que siguiera la carrera eclesiástica; pero este optó por la de las armas, porque en aquella época se consideraba de mas porvenir. En ese mismo dia, el 1º de enero de 1772, fué nombrado coronel del primer regimiento de húsares que se formó en Francia. Rico, buena presencia, generoso, muy amable con las señoras, espiritual y poeta, de un valor á toda prueba y de una gran finura, no era de admirar que con estas cualidades hubiese adquirido tan inmensa popularidad, porque cuando recibia acudian tantas personas á sus salones como lo habrian hecho en los de los mas elevados personajes de la corte.

No seria fácil describir la finura con que fueron acogidos Sedaine y su protegido. El poeta, pocos esfuerzos tuvo que emplear para que se interesara en favor de su compañero, pues á las primeras palabras pronunciadas sobre la legion canadense, Boufflers estrecha entre sus brazos á Rochefeuille. Enterado de lo que se trataba, contestó que no pasaria aquel dia sin haber conducido al caballero á Versailles y pedido para él el grado de capitán en su mismo regimiento.

— Supongo que sereis al menos caballero de Saint-Luis, añadió el seductor Boufflers.

M. de Rochefeuille se vió obligado, muy á pesar suyo, á declarar que no, pues el titulo de caballero le pertenecia por derecho de nacimiento, porque su padre era baron.

— Muy en breve lo sereis, os lo prometo, añadió Boufflers.

Al descender del carruaje, delante de la puerta principal de la residencia real, los dos caballeros fueron recibidos por dos pages en librea azul y blanca, que les recogieron sus capas.

Solo entonces Rochefeuille advirtió el traje de su nuevo amigo, que consistia en una casaca, chupa y calzon de color de albérchigo, con chorrera y puños del mas fino encaje, y adornado todo con diamantes, perlas y piedras preciosas, sin contar las sortijas que aparecian en sus dedos, ni los botones, el puño de su espada y la cadena del reló. Tal era su admirable conjunto, que Rochefeuille no pudo menos de admirar, á pesar de hallarse acostumbrado á la magnificencia de los bajás de la India, no sin lamentarse antes que tan cumplido caballero se rebajase hasta el punto de arrodillarse ante una modista, reducida á ser querida del rey, porque durante el viaje de Paris á Versailles, nada le habia ocultado, de que debia su grado de coronel á madama du Barry, merced á sus pruebas de celo y á sus no escasos servicios.

— Y hoy, habia añadido, quitando con un gesto lleno de gracia, algunos granos de tabaco esparcidos sobre su chorrera, deseo ofrecerla, así como á Su Majestad, mis votos por el año nuevo. Si, como espero, encuentro á mi amigo Richelieu, os haré presentar por él á la condesa, y entonces vuestra fortuna la tenéis asegurada.

— ¿Creeis que solo la influencia de madama du Barry es la única via para obtener del rey alguna gracia? preguntó Rochefeuille.

— ¡Oh, ciertamente! contestó Boufflers, como hubiera podido decir la cosa mas natural; la duquesa du Barry elige los ministros, los obispos, los marisca-

les, hace la paz ó declara la guerra, segun sea de su agrado, y eleva á las gentes hasta la cúspide de la fortuna ó los envia á la Bastilla. Ya vereis con qué entusiasmo lo rodearán los hombres mas importantes de la Francia; en una palabra, todo lo que se solicita ó todos los favores que se dispensan, no se otorgan sino por mediacion suya.

Las reglas de la etiqueta, para presentarse en palacio, eran muy severas, pues en general, era preciso insistir ó esperar mucho tiempo antes de ser admitido, y solo eran exceptuados de esta regla general, aquellas personas que hubiesen ejercido una comision real ó los presentados por un personaje de la importancia de Boufflers ó del mariscal de Richelieu.

Enterado M. de Boufflers por el mismo Hector, de que su abuelo habia sido muerto en Fontenoy, y que su padre, retirado del servicio, despues de la guerra de los siete años, vivia honradamente en sus tierras de Rouergue, y unido á los titulos personales del antiguo miembro de la legion del Canadá, le parecian suficientes para presentar á su jóven amigo al rey. Boufflers advirtió entonces al caballero de Rochefeuille, que al entrar debia dar su nombre al maestro de ceremonias, que se encontraba en la meseta de la escalera; cumplida que fué esta formalidad, fueron invitados á dirigirse por la galeria de los espejos, en donde debia tener lugar la recepcion.

Esta galeria estaba en ese momento llena de un gentío inmenso, pero poco bullicioso, que ocupaba los costados en tres hileras, dejando en el centro un espacio reservado al rey y á las personas de su séquito. Una docena de chambelanes, en gran uniforme, se ocupaban en colocar, segun su rango, á todas las personas, grandes dignatarios y grandes damas, oficiales, prelados ó simples caballeros, que componian una concurrencia escogida. Uno de estos chambelanes, dirigiéndose á Rochefeuille, le indica un sitio al extremo de la sala, cerca de la puerta de salida, pero el caballero Boufflers contestó:

— Este caballero me acompaña, y si os parece, se colocará al lado de los caballeros de San Luis.

El chambelan se inclinó profundamente, en prueba de asentimiento, que justificaba la influencia de monsieur Boufflers.

No sin gran emocion, Rochefeuille se colocó al lado de los mas altos y elevados personajes de Francia. El lector, que habrá conocido cuáles eran los designios de Hector de Rochefeuille, al presentarse en la corte, se extrañará que en el momento de ejecutarlos, se preguntase á si mismo con cierto espanto, ¿qué efecto iba á producir la detonacion de una pistola en medio de todas aquellas personas, que brillaban por sus riquezas, y cuyo murmullo se iba extinguiendo á medida que se acercaba el momento de la aparicion del rey?

Verdaderamente era necesario una sangre fria á toda prueba, para llevar á cabo un homicidio en semejante víctima y en tales circunstancias, pues si bien el caballero era un valiente y jamás habia retrocedido ante ningun peligro, sin embargo, cuando metió la mano en su bolsillo, para asegurarse si el instrumento mortífero estaba allí, su mano temblaba y creyó llegado el momento de que iba á desfallecer, porque sus piernas apenas podian sostenerle, su garganta le ardia y su frente estaba bañada en sudor.

Así que con dificultad oyó á M. de Boufflers que le hacia observar que era contrario á la etiqueta tener un guante sin poner.

De repente la gran puerta de la galeria se abre y aparece el gran chambelan que pronuncia estas palabras, en medio del mas profundo silencio:

— ¡Señores, Su Majestad el rey!

El caballero de Rochefeuille sintió interponerse una nube sobre sus ojos. Sin embargo, gracias á los esfuerzos que hizo sobre sí mismo, vió avanzar, seguido de la corte, un hombre de una estatura mas que mediana, algo pálido, y cuyos rasgos respiraban una gracia sensual. Luis XV marchaba con paso lento, y llevaba sobre su pecho el cordon azul y la placa de brillantes. Su mano derecha se apoyaba sobre un baston con puño de oro, mientras que en la otra llevaba un pañuelo que alzaba ligeramente cuando contestaba á un saludo. Algunas veces se levantaba su sombrero de tres picos, para saludar á una señora. Toda su presencia revelaba un aire de majestad que infundia respeto, y una gracia, que cautivaba á todos los que le veian. Así que á medida que pasaba, los hombres se inclinaban con respeto y las señoras doblaban casi la rodilla para hacer una profunda reverencia.

El caballero de Rochefeuille, al inclinarse como los demás, vió ante él á esa vision que momentos antes le habia deslumbrado. El séquito, que le componian altos personajes de la corte y grandes damas, habia necesitado diez minutos para llegar á él, porque el rey se habia detenido para hablar algunos momentos con el duque de Richelieu, el principe de Soubise y otras diferentes personas. El caballero, cuyos ojos nada distinguian, y ni aun se apercibia de la figura que hacia su guante á medio poner, se inclina de nuevo maquinalmente. No se habia incorporado aun, cuando á dos pasos de él oyó decir al rey:

— M. de Boufflers, ya sabeis que os hemos nombrado coronel de nuestro regimiento de húsares.

— Señor, estoy profundamente reconocido á las bondades de Vuestra Majestad, contestó el nuevo coronel, haciendo describir á su cuerpo un arco de círculo.

Despues de un momento de silencio, el caballero

Boufflers, que ya se creia con bastante favor en la corte, añadió:

— Señor, tengo el honor de presentaros á M. de Rochefeuille, que ha servido fielmente á Vuestra Majestad en el Canadá.

A esta palabra «Canadá,» Luis XV frunció ligeramente la frente; pero en el mismo instante, detrás de él, se apercibió un ligero estremecimiento, seguido de un grito de mujer apenas perceptible.

— ¡El caballero de Rochefeuille!

M. de Rochefeuille, al verla, se le desvanecieron de su ardiente imaginacion, hasta el menor vestigio de homicidio... Ella estaba ante él radiante de una indescriptible hermosura; con esa cabeza encantadora, esos grandes y hermosos ojos, esos labios voluptuosos, esos hombros y esa garganta divinos, que la escultura ha inmortalizado.

Él la contempla durante algunos momentos, completamente fascinado, sin saber si soñaba ó si la seductora aparicion era seguramente la humilde modista que habia conocido en dias mas felices.

La bella condesa habia palidecido, su abanico temblaba entre sus manos; sin embargo, repuesta en breves instantes de su sorpresa, madama du Barry fija sus grandes ojos azules sobre el caballero, y despues, aproximándose al rey, le dice con un tono respetuoso, sin que en nada revelara la influencia de la favorita, y sin que su emocion se hiciera notar, sino para una sola persona.

— Señor, M. de Rochefeuille es uno de los mas fieles servidores de Vuestra Majestad, y no es todavía caballero de San Luis.

— Os hacemos caballero de San Luis, dijo Luis XV, echando sobre Rochefeuille una mirada algo curiosa.

— Señor, añadió la condesa, cuya mirada se dirigió de nuevo sobre el caballero, y esta vez sin ningun temor, hay que nombrar un coronel para el regimiento de Vuestra Majestad, el real flamenco.

— Muy bien, continuó el rey complaciente, y con cierta resignacion, es nuestro deseo que desde hoy mandeis ese regimiento.

Despues, el rey, inclinando un poco la cabeza, se alejó.

Aturdido y confundido el caballero, no habia encontrado una sola palabra que contestar; y cuando volvió en sí, la comitiva habia desaparecido y solo le quedaba el recuerdo de la mirada de madama du Barry, una de esas miradas que constituye toda nuestra felicidad, y que solo la muerte nos hace olvidar.

En cuanto al bravo Boufflers, era en aquel momento casi tan feliz como su protegido; y por segunda vez le abraza, tal vez un poco mas cordialmente que la primera... porque, en fin, el caballero era un hombre de favor en la corte.

V.

Seis meses despues, Bernardino de Saint-Pierre, al entrar en el *Café de Procope*, se le acercó Mirabeau:

— ¿Y vuestro amigo el viajero? le dijo el futuro orador de la Asamblea nacional, ¿sigue tan furioso como antes?

— ¡Ah! no me habéis de él. He estado á verle en Versailles, y le he encontrado instalado ya en palacio en calidad de coronel de los guardias del duque de Berry, fumando en una larga pipa guarnecida de piedras preciosas; costumbre que ha adquirido durante sus viajes en Oriente.

— ¿Supongo que ya no soñará en reformas? dijo Mirabeau.

— No, todo eso se ha desvanecido...

— Como el humo.

A. V.

(Cornhill Magazine).

Recuerdos de Suiza.

Ginebra, ciudad de relojeros, de capitalistas y de especuladores, donde la vida es tan regular como las cuentas de una casa de comercio, donde el carácter es severo y las costumbres monótonas, hay dos veces al dia, en el verano, un espectáculo que distrae un poco, y es el que proporciona la llegada y salida de los vapores. Una multitud de curiosos acude al *Gran muelle*, en donde amarra el buque, en tanto que llegan los viajeros al son de la campana que les llama á toda prisa. Se atraviesa el puentecillo de tablas, se coloca el equipaje á bordo, y se tiene cuidado de asegurar un puesto en el banco sobre cubierta, pues el que no anda ligero tiene que buscar acomodo en otra parte. El jóven, el que por primera vez ve á Suiza, se queda en pié para admirar mejor el lago.

Pero el buque se pone en movimiento, y muy luego navega por esa inmensa sábana de aguas azules y cristalinas. Es un espectáculo imponderable, sobre todo por la parte de la Saboya y del valle de Bonneville. Aquí se levanta la hermosa pirámide aislada del *môle*, y en el fondo aparece el monte Blanco, resplandeciente con el immaculado brillo de sus nieves eternas. No hagamos preguntas á nadie. Mas allá del *Salve*, todo

se confunde para el suizo ignorante de su propio país, bajo la denominación general de los Alpes, y todo lo que está cubierto de nieve en el horizonte es el monte Blanco. Es indiferente á un cuadro que tiene siempre á la vista. Quizás os señalará en la línea del Jura la redonda cima de la *Dole*, á la que habrá subido una vez en su vida; pero en cambio os dirá los nombres de los dueños de las casas de campo que guarnecen las orillas de ese lago encantado.

Pero el vapor adelantaba.

Hé aquí Coppet, donde vivió desterrado un hombre que tuvo un cetro y una espada, y una mujer de genio, como lo demostró con



EXCURSION Á SUIZA. — Recuerdos del vapor del lago Lemán.

su pluma. Sin embargo, el pensamiento no tiene tiempo de fijarse en madama de Stael y en la pandilla política que animó con sus pasiones. ¡Cuán lejos está ya aquella época!

Además, á cada instante algún objeto nuevo viene á distraer la atención: es el paso de un barco cargado de leña, con sus dos grandes velas blancas; es la campana que advierte á las estaciones ribereñas; es el vapor que se para, los botes que llegan y el movimiento de los viajeros.

Continuando el camino, hemos pasado de Nyon, y nos encontramos á la altura de la punta de Marfil, que se avanza en el lago á la derecha. Allí salimos del lago pequeño, el

único visible de las inmediaciones de Ginebra, y entramos en el grande: las orillas de Saboya se alejan, y la vista abraza un vasto horizonte.

Entonces la curiosidad, un poco cansada ya del cielo y el agua, se fija en los compañeros de viaje.

Hay veces en que toda la Europa tiene representantes en el vapor del lago de Ginebra. Aquí se agrupan los estudiantes alemanes, incómodos vecinos, intrépidos fumadores, cuyos ademanes, lenguaje y desenvoltura, contrastan con el hablar armonioso de los jóvenes italianos. El francés entabla conversacion con todo el mundo, en tanto que el inglés se mantiene derecho como un palo, ó se pasea á lo largo como un oficial de marina. A nadie dirige la palabra, y menos que á nadie á sus compatriotas; pero lleva con mano firme su paraguas, consulta el mapa ó lee su *Guía*.

Por último, las señoras que vienen á contemplar las maravillas de la Suiza, se reúnen á popa ó bajan al salón y hablan de sus trajes; las jóvenes se comunican sus álbums, y algunas, olvidando el lago y sus márgenes, leen algún libro nuevo, dejándose admirar, cuando son dignas de ser admiradas.

Sin embargo, de tiempo en tiempo, se hace un ruido en el vapor que llama á los pasajeros, unas veces es para desembarcar en el puerto de Ouchy, al pié de Lausana, otras es en Vevey, que se baña en el lago; hé aquí Clarens, nombre que ha poetizado J. J. Rousseau, y á todo esto, hemos dejado atrás las rocas de Meillerie, donde las aguas del lago llegan á su mayor profundidad, 900 piés. El grandioso carácter de este extremo del lago Lemán, encajonado entre las montañas, despierta nuevamente la atención de los viajeros. El Castillo Chillon y sus tristes leyendas, hacen pensar mas en la poesía que en la historia; privilegio de absorcion que tiene el genio: se conoce mejor el *Prisionero* de lord Byron que la historia de Bonnivard.

Sin embargo, muy luego desaparece la poesía cuan-



Lo que se cree encontrar en el San Bernardo.



Religioso del Gran San Bernardo con su perro.



Lo que se encuentra en el San Bernardo.



Aldeana de Sion (Valés).

La trompa de los Alpes.



La carga de un hombre de silla.



Tipo de cretino ó idiota.



Vieja de Louesche.



¡10 francos por haber trasportado á una mujer durante dos horas! Es bien caro.



Pareja del valle de Melchtal.

do se trata de desembarcar, pues hay que precipitarse y disputar un puesto en los omnibus de Villanueva á San Mauricio, teniendo buen cuidado que no se extravíen las maletas.

Las risueñas impresiones de la mañana se cambian por otras mas severas. Tenemos á la vista el valle del Valais, atravesado por el Ródano, así como por la mañana teníamos á la derecha el valle por donde corre el Arne, procedente de Chamonix, y que domina á lo lejos el monte Blanco. Pero en tanto que este es muy abierto, el del Ródano, encajonado entre montes, presenta, no obstante, su hermosa vegetacion, un aspecto mas sombrío. No se extienden aquí radiantes las nieves como las del monte Blanco, sino que son muy raras y parecen como suspendidas en los aires, ó bien se muestran en el lejano horizonte como retiros misteriosos é inaccesibles. Si ya las sombras de la tarde comienzan á caer sobre el valle, una especie de secreto terror se desliza en la imaginacion del viajero novicio al umbral de esas soledades desconocidas que conducen á la cumbre de los Alpes, á las gargantas donde ruge la tormenta, el mundo amenazador de los ventisqueros y los aludes.

Y á las tristezas de la tierra se añade la que inspiran los habitantes.

¿Quiénes son esos enanos disformes, de mirada estúpida, que se arrastran en vez de andar, que pronuncian tonos inarticulados en vez de palabras, que parodian la risa en su rostro de idiotas, que os detienen como suplicantes, y cuyo contacto os causa un horror invencible?

Y sin embargo, parecen inofensivos, y sea cual fuere la espantosa complicacion que tiene en ellos la fealdad humana, no sé qué embrutecimiento infantil ó qué caducidad benigna apaga en sus facciones toda expresion maligna.

¡Esos desdichados son CRETINOS!

¡Raza infortunada! Diríase que una venganza celeste ha caído sobre ellos, que son vástagos malditos de los Titanes que intentaron escalar el cielo aglomeran-



Mujeres de Lucerna.



Mujeres de Underwalden.

Valle de Orsières.

Berna.

Lucerna.

Meyringen. Louesche.

Interlaken.

Ducado de Bade.

STOP

do montañas, y que exterminó Júpiter, el dichoso usurpador del Olimpo. Y sin embargo, los padres de esos desdichados idiotas fueron hombres piadosos que vinieron á buscar en esos valles recónditos pasto para sus ganados; que pasaron su vida orando y trabajando; que por falta de pan, se alimentaron con leche, y que por falta de vino, apagaban su sed en el agua cristalina de los arroyos.

Ahora bien, esa agua, contra la cual no pudo ponerles en guardia ningun instinto repulsivo, contribuyó á producir la papera, y creció cada vez mas, y bajo la influencia de aquel eterno régimen, las facultades intelectuales se alteraron y apareció el cretinismo. ¿Qué principio venenoso contenido en esas aguas corrientes causó tan rápidos y profundos desórdenes en la organizacion y consiguientemente en la inteligencia? Ninguno. Bastó la presencia de un poco de magnesia ó la ausencia de un poco de yodo.

Y esa espantosa degeneracion de la especie humana por las mismas causas, se muestra por todas partes en los paises montuosos; en los Pirineos como en los Alpes, en el Harz como en el Jura, en la cordillera del Ural y en los valles del Thibet como en los Andes. El canton del Valés es en Suiza una de las tierras predilectas de la papera y del cretinismo. Este último, llegado á su completo desarrollo, es felizmente excepcional en la poblacion; pero la papera, mas ó menos abultada, es general en las mujeres. Despues de este defecto, lo mas característico en las valesanas, es el singular sombrero de forma achaparrada que llevan las pobres como las ricas, aunque estas últimas le adornan con una cinta de color con una cresta de oro, y en el ala una porcion de lazos. Cuestan caros estos sombreros, y así es que se reservan para los domingos y fiestas.

Atravesando la alta muralla de los Alpes, cuyos infinitos ventisqueros separan el Valés del valle de Aosta, se encuentran tambien cretines en este valle meridional. En Aosta las paperas tienen un volumen considerable. ¡Triste espectáculo para el viajero!

Una sola via fácilmente accesible, el célebre camino conocido con el nombre del Gran San Bernardo, pone en comunicacion los dos valles de tan hermosos aspectos, y tan tristes bajo el concepto de la degradacion de la raza humana. En el punto culminante al paso, á 2,600 metros sobre el nivel del mar, se encuentra el *Hospicio del Gran San Bernardo*, en medio de una soledad desolada, donde toda vegetacion está muerta, donde la nieve que en ciertos inviernos llega á 12 metros de altura, solo desaparece un cortísimo tiempo del año. Durante muchos meses se emplean mulas y caballos para trasportar de los valles interiores la provision de leña y de viveres que necesita el hospicio.

El establecimiento de este precioso abrigo en el punto mas distante de las habitaciones sobre las dos vertientes y donde las tormentas de nieve serian mas peligrosas para el viajero rendido de frio y de cansancio, es un beneficio inapreciable, si bien es verdad que se han falseado mucho las ideas con exageraciones declamatorias. Efectivamente, muchos viajeros al acercarse al convento se imaginan encontrar en él las señales de un largo martirio pintadas en los rostros macilentos de los religiosos; hasta los perros deben tener como un glorioso reflejo del santo ministerio que desempeñan.

Algunas señoras en cuya compañía llegaba yo una tarde al hospicio con un tiempo de tempestad, extrañaban que no saliera á nuestro encuentro el perro hospitalario, con una cesta al cuello llena de provisiones envueltas en una servilleta muy blanca con una botellita de licor agradable. Los pintores, que mienten como los poetas — *ut pictura poesis* — han representado á menudo tales escenas. Lo cierto es que no hay tal cosa; y si por acaso un perro del monte de San Bernardo fuese portador de un cestillo de provisiones, yo aconsejaria al viajero *sentimental* que se guardase bien de tocarle. Mas aun: es un mal encuentro el de uno de esos perros cuando el viajero se halla solo rodando á cierta distancia del convento; los perros del monte de San Bernardo son de presa, y en el silencio de las soledades reconocen á larga distancia la llegada de los caminantes. En cuanto á sus costumbres, son iguales á las de todos los de su especie, y con esto está dicho todo.

En cuanto al convento, se ven en él, no frailes de rostros tristes y místicos, sino canónigos regulares de San Agustín, de buen aspecto, que reciben con afabilidad á los viajeros, que leen periódicos y que están al corriente de lo que pasa en el mundo. Todos los dias, en el verano, es casi seguro hallar en el San Bernardo, á las seis de la tarde, á la hora de la comida, una sociedad selecta reunida en el comedor. Uno de los canónigos hace los honores de la mesa. El aire vivo y la marcha excitan el apetito, y todos los manjares parecen deliciosos. Concluida la comida se pasa al salon y se habla ó se toca el piano; en suma, se encuentran en esa altura todas las cosas de la vida ordinaria.

Mientras se recibe en el primer piso á la sociedad mundana, sucede en ciertas épocas que se da la hospitalidad en las vastas salas del piso bajo á una porcion de aldeanos de ambos sexos procedentes de la parte del Piamonte ó del Valés, y que quieren oír misa en el convento. Un año, el 24 de agosto, llegué yo al hospicio cuando estaba inundado con esa muchedumbre, que suele elevarse á 400 personas. La comida que les dan consiste en pan y carnes cocidas que

les sirven en grandes tablas y que riegan con agua clara; pero no tienen cama, pues no hay mas de ochenta en el hospicio. Así es que por la tarde todos ellos se vuelven á sus valles.

Tales son las impresiones de mi excursion á sitios tan admirables por tantos conceptos.

A. J. P.

Cartas inéditas

DE

DON VENTURA DE LA VEGA (1).

El mejor documento para conocer el carácter de cualquier escritor, es el documento epistolar. Claro es que las obras literarias, espejo fiel del alma del que escribe, muestran la indole especial de su genio, su saber, sus dotes de imaginacion ó de entendimiento; pero donde él mismo se retrata sin artificio alguno ni sombra de estudio, es en las cartas que diariamente escribe, como los demás, respondiéndolo á una necesidad inmediata de la vida. La circunstancia de no ser estas obras destinadas á la publicidad, hace que desaparezca de ellas toda afectacion literaria, y que trasmitan el pensamiento de su autor con completa fidelidad y pureza. Estas son precisamente las calidades que la crítica exige á las cartas cuando las escoge como documento literario para conocer la vida de hombres eminentes ó los accidentes de algun famoso período histórico. Cuando las cartas son escritas con intencion de destinarlas á la publicidad pierden la mayor parte de su encanto, y si tienen mérito lo deben á las bellezas que contienen bajo aquella forma lo mismo que bajo otra cualquiera, no siendo esta mas que un accidente que ni quita ni da valor alguno al asunto. Así es que las *Cartas persianas* de Montesquieu, como las *Marruecas* de nuestro Cadalso, son sátiras contra las costumbres que lo mismo habrian llenado su fin bajo la forma epistolar, que bajo la novelesca ó narrativa.

En cambio, las epistolas de madama Sevigné, consideradas hasta hoy como modelo de esta clase de literatura (si es que merecen tal nombre en la acepcion estricta de la palabra), no fueron escritas para el público; son la expresion íntima de la confianza y de la amistad, y no se concibe que los delicados pensamientos, las observaciones y las encantadoras familiaridades expresadas en aquellas formas pudieran tener otra mas adecuada entre las varias de la moderna literatura.

En otros paises es costumbre recoger y publicar la correspondencia de los hombres mas eminentes en las letras, las armas y la política, viéndolo en ellas no solo documentos históricos de gran precio, sino tambien el medio mejor de conocer la vida íntima y doméstica de los personajes por quienes fueron escritas. Entre nosotros abundan poco estos tesoros epistolares y es preciso achacarlos á la incuria de los contemporáneos, pues no es creible que las celebridades españolas dejaran de comunicarse por medio de cartas con parientes, amigos y allegados. Los coleccionistas no han sido muy diligentes en este punto, si bien poseemos algunas excelentes muestras de este género, como son la correspondencia de Antonio Perez, las de Santa Teresa y el padre Isla, y por último, las de Moratin, dadas á luz hace seis años en los tres tomos de sus *Obras póstumas*.

Comprendiendo la utilidad que á las letras resulta de promover la aficion á las colecciones epistolares, publicamos en la REVISTA algunas cartas familiares escritas hace veinte años por uno de los mas insignes escritores españoles del presente siglo, don Ventura de la Vega. Escritas desde Paris á Londres á su esposa, no contienen mas que confidencias íntimas y observaciones personales dictadas por el cariño. El mismo desaliño de la forma aumenta su hechizo y las confidencias familiares que contienen serian suficientes á despertar el interés del lector, si este no encontrase tambien en ellas multitud de noticias curiosas sobre personajes históricos y sucesos acaecidos en aquellos tiempos en las célebres capitales visitadas por el autor del *Hombre de mundo*.

Paris, sábado 21 de mayo de 1853.

Manuela mia d. m. e.: ¡Cuánto deseo recibir carta tuya! Bien conozco que, segun lo que acordamos, tú no me habrás escrito hasta haber recibido la primera mia de Paris, que te la escribí al llegar el sábado pasado 14, de modo que hasta el martes ó miércoles no espero recibirla. Sentiria que me engañase el corazón; pero no me dice que suceda nada desagradable: tengo cierta confianza en que estais todos buenos, y esto me consuela de un tanto de fastidio que siento algunos ratos acordándome de vosotros. Mi salud es buena: no solo no me he resentido del estómago, sino

(1) De la *Revista de España*.

que sigo notablemente aliviado. No faltó al sistema que habia emprendido: sigo acostándome á las doce y levantándome á las ocho, no como mas que cosas sanas y me paseo mucho.

Y vosotros, queridos míos, ¿cómo estais? Espero con ansia tu carta: deseo leer que estais buena y que lo están mis hijos: hasta entonces no sosiego, ni dejo de sentir un vacío que nada puede llenar, estando separado de vosotros.

En los ocho dias que llevo de estar aquí, he estado siempre con Segovia y Olona: con ellos he recorrido estas maravillas, que están muy mejoradas de como tú las viste. Los teatros están en un punto de perfeccion imponderable en cuanto á actores: baste decirte que anoche fui con Olona al *Gimmase*: empezó la funcion á las siete y yo me estuve fijo en la luneta hasta las doce... Tú me conoces, y no te digo mas.

Hasta ahora no ha salido Rachel mas que una noche á hacer una comedia titulada, *Lady Tartuffe*, mala comedia, pero la ejecucion admirable, y ¡sobre todo Rachel! Esta noche voy á verla en *Dejazet*; y la semana que viene trabaja por despedida cuatro dias: el martes *Lady Tartuffe*, el miércoles *Polyuto* (que se la has visto), el jueves *Adriana* y el viernes *Fedra*. Ya tengo los billetes para las cuatro noches: te contaré, sobre todo de *Adriana*.

No sé si habrá llegado Ventura, primo, voy á averiguarlo hoy, para llevarle á que se divierta antes de entrar en su encierro. Dale memorias á sus padres.

En este momento acaba de estar á verme Piermarini: le he hallado tan grueso, tan fresco y tan bueno como estaba hace once años. El pobre ha llorado hablando de tí, y me ha llenado de abrazos y de besos. He pasado un rato muy agradable con él, haciendo elogios de tí.

Hoy escribo á Corral y á Barbieri: dá tú memorias á Salas, á quien pronto escribiré, y á los demás amigos, particularmente á Zea.

Dime cómo va la casa nueva, y háblame de mis hijitos, y llamo hijitos á los cuatro.

Un abrazo á Pepa y Pepe y la pobre Carmen: dile que la llevaré un regalito: afectos á M. S.

Te quiere con todo su corazón tu

VENTURA.

Paris 26 de mayo.

Ayer saqué del correo, Manuela mia, tu carta del 20, y á estas horas yo no sé cuántas veces la he leído, cada vez con mas placer, tanto era lo que la deseaba.

Voy á explicarte por qué recibiste en un dia mis dos cartas de Paris, y por qué no te escribí desde Bayona.

La tarde que llegué á Paris, era ya la hora de salir el correo, y por mucho que me apresuré á escribir y á enviar la carta, debió de llegar tarde, y no salió hasta el dia siguiente con la otra.

A Bayona llegamos á las cinco de la tarde: yo tenia empeño en no quedarme allí aquella noche, pues en ese caso no podíamos salir hasta las siete de la tarde del dia siguiente, y Bayona es pueblo tristísimo para pasar en él un dia entero. Pero no se encontraban ya asientos para Burdeos, y mis compañeros de viaje casi se alegraban de ello, porque se hallaban rendidos de las dos malas noches y tenían ganas de dormir en cama: yo estaba mas entero y firme que ellos, á pesar de ser el enfermo, y procuraba convencerlos de que era mejor pasar ya la tercer mala noche y descansar un dia en Burdeos, ciudad hermosa donde estaríamos divertidos. Con este empeño, mientras ellos se metieron en la fonda del Comercio (ya te acordarás de ella), me fui yo á buscar á Paco Vilamitjana, que está empleado en una administracion de diligencias, y busca por aquí, busca por allí, hallé en un coche que salia á las siete de aquella tarde, los cuatro asientos de rotonda libres: los tomé sin vacilar, y fui á noticiarles á mis compañeros la nueva, que los hizo saltar, particularmente á Campos, que no se consolaba de la idea de ir en rotonda, por temor del movimiento, que en esa parte del carruaje es mas incómodo. Pero en fin, cedieron, y marchamos á las siete; luego vimos que el movimiento de las rotondas de Francia no es como el de las de España, sino muy bueno; y cuando se encontraron en Burdeos, se alegraron de mi resolucion, y Campos me pidió perdon de haberme hecho la oposicion.

Por esta relacion comprenderás que despues de haber tomado los billetes, apenas me quedó tiempo para tomar un bocado y subir al coche, mientras los otros estaban descansando en la fonda, y en ese tiempo sin duda fué cuando Ramon escribió á su mujer.

Ayer me encontré en el boulevard á Manuel Rosales, y me dijo que hoy se marchaba á Madrid: le encargué que te viera y te dijera que me dejaba bueno; no le he dado carta, porque esta la recibirás antes que él te vea.

Tambien se ha despedido hoy de mí Ramon Luna, que se marcha mañana á Munich á adorar á su Liebig: ya no vuelve á Paris: desde Alemania irá á Marsella y allí se embarcará para Barcelona: no estará en esa hasta dentro de un mes.

Desde que recibí tu carta ando haciendo diligencias por hallar al primo Ventura, sin poder encontrar rastro de su paradero. Tú que sabias que en el *hotel Bergère* vivia Segovia, pues por eso me escribia que me fuera á vivir allí, debiste decirle que si no le daban en él razon de mí, preguntase por Segovia, y este le hubiera dicho dónde vivia yo. Seguiré mis pesqui-

sas : iré á la embajada de España, y por último, acudiré á la policía hasta dar con él, pues me causa pena saber que está en París y no verle.

Yo me he mandado ya hacer un traje negro, que estrenaré el miércoles para ir á comer con el ministro de Negocios extranjeros, que me envió ayer un convite : se llama Drouyn de Louhys; creo que me le habrás oído nombrar; somos muy amigos desde el año 31, que estubo en Madrid de agregado á la embajada. El lunes da un baile el emperador, y tambien irá. Hasta ese día no veré á la emperatriz; pues con el mal parto no ha recibido todavía. Al emperador sí le he visto en paseo; iba á caballo, y me gustó mucho su figura y su aire. Por lo que veo y oigo, juzgo que mientras viva no vuelve á haber aquí revolucion : no te diré yo que pueda fundar dinastía; tiene cuarenta y cinco años y mala salud : de modo que aunque tenga el año que viene un hijo, no es probable que viva hasta dejarle en edad de reinar y habiéndose ya captado el cariño del pueblo; y no siendo así, lo que es una minoría y una regencia no se sostiene aquí : mientras viva, te repito, habrá imperio y paz... salvo el caso que le dieran un pistoletazo; pero tampoco lo creo. El sale todos los días solo á caballo ó en carruaje abierto, sin mas que dos lacayos, y así se va por todos los barrios de París, pasa entre los obreros y le vitorean á porfía; él contesta á los vivas saludando con el sombrero, con un aire muy afable y muy digno, sin altanería ni humillación : es cosa que me ha chocado, parece que ha sido emperador toda su vida.

Ya he visto representar á Rachel tres noches; anoche la vi *Adriana*... ¿qué te podré decir? Olona y yo, que estuvimos juntos, gritamos como locos y salimos asombrados. ¡Verla caer muerta en un sillón, ver la cara de cadáver que le queda, es cosa que da frío!

Esta noche es su despedida, hace la *Fedra*, y yo no faltaré.

Dejo para otra carta hablarte de los demás teatros que he visto. Esto es la misma perfección. »

Paris 6 de junio de 1853.

El día 1º recibí, Manuela mía, tu carta del 26, y hoy recibo la del 1º de este, ambas en respuesta á las dos mías. No te escribí en cuanto recibí la primera, porque en aquellos días iba á ser presentado á la corte, y quería aguardar á contarte la escena; hoy contesto á tus dos cartas, y te contaré los obsequios que he recibido.

A los pocos días de mi llegada fui á dejar una tarjeta al ministro de Negocios extranjeros Drouyn de Lhouys, antiguo amigo mio de Madrid, y á los dos días me dejó él otra y un convite para ir á comer á su casa el lunes 30. Al día siguiente me escribió diciéndome que trasladaba la comida al miércoles, por tener lugar el lunes el baile que daba el emperador en Saint-Cloud, y por saber que la emperatriz habia dado orden de que se me convidara. En efecto, aquel mismo día recibí un pliego de palacio con una esquila de convite para el baile, previniéndome que antes seria presentado á los emperadores. El baile era á las nueve, y á las ocho y media llegué yo á Saint-Cloud, que está cosa de legua y media de aquí, en compañía del encargado de Negocios de España que me llevó en su coche; pues aunque hay camino de hierro, no es buen tono ir por él á palacio. Iba yo de uniforme, con la casaca bordada, y todas mis condecoraciones, y me coloqué en la Cámara, en el círculo formado por los enviados diplomáticos y sus mujeres. A las nueve en punto se abrieron las puertas y salieron los emperadores, precedidos del duque de Bassano, *Gran-Maitre* (mayordomo mayor) de la *Princesa de Essling*, *Grande-Maitresse de l'empereur* (camarera mayor) y de los *Chambellans* (gentiles hombres) y empezaron á recorrer el círculo, hablando á cada uno en particular; pero en cuanto la emperatriz volvió los ojos y me vió, dejó á su marido continuar la vuelta, y se vino hácia mí, partiendo por medio y rebosándola la alegría en el semblante : todos la abrieron sitio, y las miradas se fijaron en mí. Ella me dió la mano con mucho cariño y empezó á hablarme con la misma confianza, con la misma franqueza y afecto que cuando era Eugenia y nos veíamos en su casa de la Plazuela del Angel. Allí me pasó revista de toda su vida pasada, recordándome los bailes, las comidas, nuestras comedias de Carabanchel y preguntándome por todos los amigos de Madrid. Así estuvimos hasta que el emperador acabó de hablar con los diplomáticos y llegó adonde nosotros estábamos : entonces el introductor de embajadores hizo mi presentación, y Napoleon me recibió con mucha amabilidad.

— Ya sé, me dijo, que es Vd. un antiguo amigo de la emperatriz.

— Sí, señor, le dije, conozco á Su Majestad desde que tenía cuatro años.

— Me ha hablado mucho de Vd., replicó, y por ella sé que es Vd. una de las ilustraciones de su país.

— La emperatriz me honra demasiado, señor, le dije.

Me habló de España, de mis comedias, etc., diciéndome frases muy lisonjeras; y terminada la conversación nos dirigimos al salón de baile.

Aquella marcada distinción dió mucho que hablar á los diplomáticos; uno de ellos le dijo al encargado de España, que me lo contó luego :

— *Décidément, monsieur, vous allez faire des jaloux.* No se hablaba de otra cosa que de haberme dado la

mano la emperatriz. A ella la encontré muy repuesta, gruesa y de buen color, y como te digo, tan llana y tan amable como antes. En cuanto á él, la primera vista es tremenda : su fisonomía es fiera, su mirada penetrante, tiene unos ojos pequeños y azules que se clavan de un modo que asusta, que aterra, que hace bajar la vista : en su cara se descubre un no sé qué de energía, de dureza, hasta de ferocidad, á ese hombre no le derriban á dos tirones.

Cuando me habló ya fué otra cosa; su voz es agradable y dulce, muy expresivo y afable; es grave y digno sin altanería; como te he dicho en otra carta, parece que ha sido rey toda su vida.

A las doce se retiraron á sus habitaciones y fuimos á despedirlos hasta la cámara; allí volvió él á hablar á todos, y ella se acercó otra vez á mí y me dijo que dentro de unos días me enviaría un convite para que fuera á comer á Saint-Cloud.

Yo me quedé en el baile hasta que se acabó, que fué á las dos, paseando con Grimaldi. Entonces recorrí los salones que son tan magníficos como los de nuestro palacio de Madrid; de españoles notables no vi mas que á Narvaez. La concurrencia era numerosísima y brillante; mucho mas vistosa que en los bailes de esa corte por la variedad y riqueza de uniformes; te citaré entre otros personajes al embajador turco, que estaba cuajado de brillantes. Los gentiles hombres del emperador llevan casacas de grana bordadas de oro, con la llave sobre el faldón izquierdo; los jefes de la casa imperial casacas de color de café tambien bordado de oro. El bufet estaba puesto como en Madrid, pero en un salón doble mas largo, lo menos, y cubierto de cuanto Dios crió (como decia doña Irene). Por los cristales de los balcones se veia un jardín inmenso, iluminado de modo que no hay idea en Madrid; parecia que alumbraba el sol.

Esto fué, como te digo, el lunes; el miércoles recibí el convite para ir á comer el jueves, y la esquila decia al márgen : *De frac*. Precisamente aquel día me traje el sastrer *M. Santis*, que es el mejor de aquí, un traje negro completo que le habia mandado hacer, y llegó muy á tiempo, porque me sirvió para ir el miércoles á comer con el ministro, y el jueves á Saint-Cloud. Este día fui solo; de frac, pantalon y chaleco negros, corbata blanca; con una banda nueva que me he comprado, con todas mis placas, cruces y cencerros al pescuezo, mi llave con borlas de oro; en una magnífica berlina tirada por dos hermosos caballos, como puede llevarlos ahí Osuna, guiados por un cochero de gran librea, lo cual, desde las siete de la tarde hasta las doce de la noche me costó 15 francos, inclusa la propina, ó sean ¡57 reales!

En tres cuartos de hora escasos me puse en Saint-Cloud; la cita era para las ocho.

Subí la escalera pasando por dos largas filas de lacayos, y al llegar arriba me esperaba un gentil hombre que me guió á la cámara, donde ya habia dos convidados; uno de ellos era un general viejo con quien entré en conversacion, y que me dijo habia estado en España con el ejército francés el año 8, y luego otra vez el año 23, y se acordaba mucho de *Pampelune*, de *Sarragosse* y de la *Corogne*. Poco á poco fueron llegando los demás convidados, que fuimos unos veinte entre hombres y señoras; de ellos solo conocí al duque de Riánsares que iba con su hijo, un jóven marino, que se llama el duque de Tarancon.

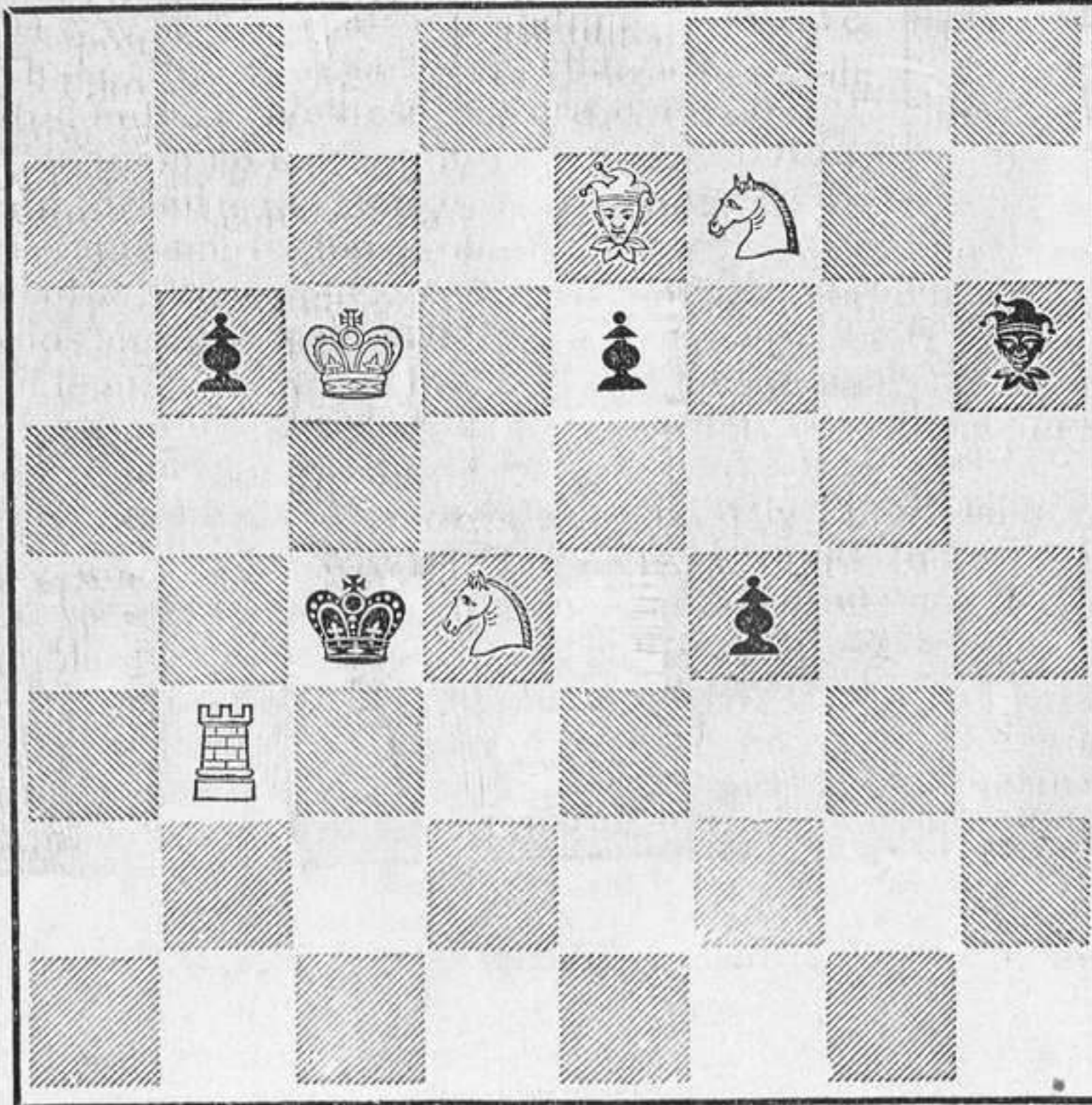
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 376.

- 1 T 8ª CRª P 5ª Rª
- 2 T 8ª Rª ?
- 3 T 4ª Rª jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 377, POR M. MICHEL POLLAK.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

A las ocho en punto se presentaron los emperadores (aquí son mas puntuales que por otras partes), y despues de hablarnos un corto rato á todos, nos dirigimos al comedor. A mí, como á cada uno de los demás, me designó el gentil hombre la señora que debia llevar del brazo; era una milanésa llamada la condesa *Yuba*; á lo menos él me dijo *Yuba*, pero tal vez será otra cosa muy distinta, porque estos franceses se pintan solos para desfigurar todo nombre extranjero. Cargué, pues, con mi condesa *Yuba* y la llevé á la mesa. En un centro se sentaron el emperador y la emperatriz; esta tenia á su lado Riánsares y aquel á una princesa Clary, alemana. En el centro de enfrente estaba el gran mariscal de palacio; á su lado la susodicha *Yuba* y al lado de esta yo; de modo que me hallaba colocado frente á la emperatriz; y como la mesa era larga y estrecha podia ella dirigirme la palabra, lo cual hacia muy á menudo, alternando su conversacion con Riánsares y conmigo.

La comida duró una hora escasa. Terminada que fué, volvimos á dar el brazo á nuestras parejas y pasamos á un salón á tomar café. Allí entablé conversacion con Riánsares, con el cual estubo hablando la mayor parte de la noche, y te digo que es un hombre sumamente llano, amable y nada tonto. Despues del café se dijo que iba á haber un rato de música, y pasamos á otro salón donde habia sillas dispuestas y un piano que se iba á probar, y que está construido por un nuevo método; no he podido averiguar cuál es; pero es lo cierto que suena mejor y mas fuerte que los conocidos. Lo tocó un profesor que lo hizo admirablemente; y en seguida, á instancias de la emperatriz, salió á cantar una señora que decian era un prodigio. Sacó un gentil hombre de la mano á la señora, y al alzar yo los ojos vi que la diletante era mi condesa *Yuba*.

Ya estaba yo preparándome para no reirme; pero, amiga, me llevé chasco : la *Yuba* tenia una hermosísima voz, y lo que vale mas, una perfecta escuela y un gusto exquisito. Cantó una romanza italiana y otra francesa, de lo que he oído poco. Acabada la música, volvimos al otro salón; la emperatriz y las señoras se sentaron, y el emperador siguió de pié hablando con nosotros; conmigo estubo un rato preguntándome de España, y tratamos de literatura, de política, de costumbres, etc. Luego me llamó la emperatriz, me acerqué á ella, y estuvimos hablando hasta las once, hora en que se retiraron. Su conversacion volvió á girar sobre recuerdos de Madrid : *¡Ya ve Vd., Vega, qué vida! ¡Oh! y eso que aquí, como estamos en el campo no hay tanta etiqueta, ¡pero en Tullerías!...*

A las once, como te digo, nos marchamos, y á las doce menos cuarto estaba ya en París, y pocos minutos despues en la cama.

Creo que no te fastidiará que te haya hecho una relacion tan minuciosa de mis convites : ahora vamos á otras cosas.

Por fin veo por tu carta dónde ha ido á parar Ventura, primo : así que concluya esta iré á verle, y te diré en postdata lo que hayamos hablado. Segun me dices, hace ya diez días que está en París, y yo no he podido dar con él : ni en la embajada de España, ni en la policía me han dado razon; y te confieso que tengo una verdadera pena de no haberle visto. Le daré un abrazo con mucho placer, porque has de saber, Manuela mía, que por mas que te cuento mis bailes y mis comidas, la verdad es que en el fondo de mi corazón no estoy alegre : alegre, nunca; algunos ratos, tristísimo : no me hallo sin vosotros : en medio de la mayor diversion siento acá dentro un gusanillo que me roe, que me lo amarga todo. Yo creí que al cabo de algun tiempo se me pasaria : no se me pasa; y cuando pienso que aun me faltan tres meses para verte, siento una pena tan grande que me echo á llorar.

(Se continuará.)

M. Ortolan.

M. Ortolan, célebre y simpático profesor de la Escuela de derecho, cuyos funerales han tenido lugar el 29 de marzo último, nació en Tolon en 1802. Hijo de un juez de paz jubilado, que habia vuelto á ejercer sus funciones durante una epidemia, M. Ortolan fué enviado al liceo de Niza para completar su educacion; pero cuando esta ciudad dejó de pertenecer á la Francia, entró en el liceo de Avignon, en donde se hizo muy pronto notable. Cuando se trasladó á Aix para empezar sus estudios de derecho, salia entonces monsieur Thiers para Paris.

En esta capital fué en donde M. Ortolan recibió los grados de licenciado y doctor en derecho, y se dedicó á la enseñanza libre. El gran éxito que tuvieron sus *Explicaciones históricas de las Instituciones de Justiniano* le valió la simpatía de M. Mourre, su compatriota, que era entonces procurador general del Tribunal de casacion, y que le hizo nombrar bibliotecario; pero desde que la revolucion de julio tuvo lugar, M. Dupin, que fué el sucesor de M. Mourre, le llevó á su despacho en calidad de secretario.

A pesar de que la carrera judicial abria sus puertas á M. Ortolan, prefirió los triunfos de la enseñanza libre, y abrió diferentes cursos en Marsella y en Paris sobre el *Derecho constitucional* y la *Historia de las constituciones*, cuyas asignaturas suprimió la Restauracion en un día de cólera contra la Escuela de derecho, á

consecuencia de los motines en que pereció el joven Lallemand; pero cuando la monarquía de Julio restableció ambas cátedras, M. Ortolan fué nombrado para la de Legislación penal comparada.

Desde 1837, M. Ortolan formaba parte de la Escuela de derecho, que no abandonó durante el sitio de París, y con su ejemplo y sus palabras sostuvo el patriotismo de los estudiantes. En 1848, después de la Revolución de febrero, M. Ortolan abrió un curso sobre *la Soberanía del pueblo y el Derecho republicano moderno*. M. Carnot le encargó la redacción de los programas de la Escuela de administración, y le nombró individuo del Consejo de instrucción pública, y aunque esta escuela fué suprimida por la Asamblea legislativa, M. Ortolan no cesó de pertenecer al Consejo hasta el golpe de Estado de 1851. M. Ortolan, que amaba tanto á la juventud, publicó un volumen de poesías, titulado *les Enfants*.

Después escribió otro contra la obra de M. de Laménais, teniendo por título *Contre paroles d'un croyant*. Dos horas antes de su muerte corregía las últimas pruebas de una obra sobre *l'Enfer du Dante*, que muy en breve publicará M. Plon, así como un tratado, sin terminar, de medicina legal. El hijo de M. Ortolan se ha hecho notable entre los autores dramáticos. Su nieto es doctor en derecho, y su hermano, antiguo oficial de marina, ha publicado diversas obras importantes de derecho marítimo. Su yerno es profesor de la Escuela de derecho. A los funerales han asistido la facultad de derecho, muchos abogados, y un gran número de estudiantes, entre los cuales M. Ortolan se había hecho tan popular. Uno de ellos pronunció sobre la tumba un discurso, siguiéndole el bastonero del colegio de abogados, y el profesor que representaba la facultad de derecho.

W. DE F.



M. ORTOLAN.

Usos y costumbres.

VENTA DE CABELLERAS EN FRANCIA.

Nada más curioso, como estudio de costumbres, que el espectáculo de una venta de cabelleras en el interior de la Francia. La moda del pelo postizo, tan generalmente adoptada por las señoras, obliga á los *artistas capilares* de París á recorrer los pueblos del Norte al Mediodía, en busca de cabelleras naturales, lo cual no impide que las fabriquen artificiales con crines más ó menos finas. El cabello rubio viene del Norte, principalmente de la Picardía. El Mediodía y el Oeste abastecen de cabello castaño y oscuro. En Picardía la compra se hace por estampas, ó por joyas falsas; pero en el Mediodía exigen dinero, ó cuando no, telas con que se engalanan las mozas.

Llegado el día de la feria, las muchachas acuden al lugar ostentando sus cabelleras, donde las recibe un ejército de peluqueros, industriales franceses é ingleses. Es aquello un asalto, y seguidamente entra el regateo. Gritan como en la Bolsa: uno ofrece dos pañuelos, otro doce metros de indiana, otro unas botas al estilo parisiense. En medio de la plaza levantan un tablado con un cartel donde se anuncia la venta, y los industriales que quieren tratar con la moza la hacen subir al tablado, el comisario hace valer la mercancía, y empieza la subasta de la cabellera, que se adjudica al mejor postor. La moza se sienta por fin en una silla, y se deja cortar la cabellera.

P. K.



USOS Y COSTUMBRES. — Venta de cabelleras en Francia.